





ODIO2

EMILIO GÓMEZ BARROSO

ILUSTRADO POR ALFREDO IGUALADOR



Primera edición: octubre de 2020

Odios

© Texto, **Emilio Gómez Barroso**

Ilustraciones de **Alfredo Igualador**
para **Ojos de Río**

Edición y grafismos
Gorka García Hernández

Epílogo de **José León Slimobich**

Al cuidado de:
Mariano de Hossorno y Ojos de Río



Hermanos del Moral, 45. 28019. Madrid

ojosderio@gmail.com

ISBN: 978-84-121343-7-7

Depósito legal: M-28037-2020

Printed in Spain por StockCero Dayton S.A.

ODIOS

EMILIO GÓMEZ BARROSO

OJOS
DE
 RÍO

Introducción	11
Primera parte	
Cap. 1 El Odio de Dios	19
Cap. 2 Las líneas paralelas se encuentran en el infinito	23
Cap. 3 Los dedos mordidos de un pueblo ...	27
Cap. 4 Una breve historia de damas y señores	33
Cap. 5 Antígonas	37
Cap. 6 De guerras y olvidos	43
Cap. 7 El desmoronamiento de la sabiduría	47
Cap. 8 El silencio de la grulla	49
Cap. 9 Un perro sin luz	51
Cap. 10 Amsterdameses del mundo unfos ya	55
Cap. 11 El tercer odio	59
Cap. 12 El muro	63
Segunda parte	
Barrio el odio radial	67
Cap. 13 Cuatro límites: las venas de la ciudad	69
Cap. 12 Cosas no hegemónicas	73
Cap. 15 La comunidad	75
Cap. 16 Serpientes en cualquier ciudad	77
Cap. 17 De judíos sin dinero	81
Cap. 18 Diario de un crimen	83

Cap. 19 El gabinete de Popa	85
Cap. 20 La trastienda de Popa	89
Tercera parte	
El amor y la clase, lo siniestro	91
Cap. 21 Eros postergado	93
Cap. 22 Adentro distópico	95
Cap. 23 El mismo diablo	97
Cap. 24 Luz, más luz	101
Cap. 25 En ambiente laboral	103
Cuarta parte	
La vida olvidada	105
Cap. 26 No todo es para meterlo en un libro	107
Cap. 27 Banderas a mors	109
Cap. 28 La estirpe	113
Cap. 29 La sombra de su alma	115
Cap. 30 Ya se van los pastores	119
Cap. 31 Negro como un ascensor sin luz ...	121
Cap. 32 <i>Prima, geriatros, domus.</i> La vida sobrante	125
Cap. 33 Porque sueño yo no odio	131
Epílogo	133

Introducción

Escribir un texto alrededor del odio, supone trenzar un tejido de difícil tramado si se quiere organizar como un continuum de sentido. Observando el odio como una pasión –hay tres pasiones fundamentales en las que se enreda el ser humano, según Sigmund Freud: el amor, el odio y la ignorancia –debemos admitir que no hay razones para explicar lo suficiente por qué en este momento, estando más oculta, se imponga el odio al amor y la ignorancia.

Estas pasiones se enlazan entre sí: el amor como par antagónico del odio y la ignorancia porque está presente, aunque de distinta manera, en cada una de las otras. (Llama la atención que el saber no entre dentro de esta madeja, pero el budismo ya no lo recoge)

Por otra parte, eso que llamamos civilización se encarga de velar a los ojos lo que las pasiones tienen de más ardiente. No quiere decirse que por ello no estén presentes, sino que están mitigadas y reguladas para no quebrar la vida que consideramos normal.

Una de las características de nuestra civilización es poder ha-

bitar el rechazo y el desconocimiento del otro sin que ello suponga ningún quebranto en el fluir diario de los sucesos.

El odio, no obstante, es una pasión bastante ignorada por todos que, cada vez más, vivimos sin vislumbrar fin vital alguno.

Jacques Lacan dice en consecuencia: *...conocemos menos hoy el sentimiento de odio que en las épocas en que el hombre estaba más abierto a su destino. No obstante, hoy, los sujetos no tienen que asumir la vivencia del odio en lo que éste puede tener de más ardiente. ¿Por qué? Porque ya de sobra somos una civilización del odio.*

Es una pasión más rápida y más lúcida que el amor. Por ello la vía paulista de tomar como única ley el amor a Cristo condena ya de por sí a la ignorancia a los pueblos que se elevan a las cumbres del amor a borbotones. Conforme reza el pensamiento empedocliano: *Dios debe de ser el más ignorante de todos los seres, porque no conoce el odio.*

Comenzar por un primer capítulo que conecta la herejía cátara o el exterminio de la cultura occitana con la guerra civil española puede ser caprichoso si no caemos en la cuenta de que la frase: *Eliminadlos a todos, Dios sabrá reconocer a los suyos*, se vuelve a repetir en la guerra civil. Es decir, la conexión de ambos acontecimientos es sencillamente significativa. Representa la relación de dos hechos mediante lo no-acabado, lo que constituye un rastro difícil de borrar a raíz de una osadía fanática y cruel, tendente a repetirse.

Tal vez el catarismo se queda corto con respecto a la constitución luterana de la imposibilidad de la salvación del hombre: *Dios ama a los hombres o los odia con un amor o un odio eterno e inmutable, y esto no sólo antes de sus obras, sino*

aun antes de que el mundo existiera (Lutero)

Una vez restañadas las brechas que abre, el odio instaura un orden que permite borrar el recuerdo del tiempo más amable, y solamente ciertas señales inconexas hacen pensar que hubo un motivo para ello. Su inclusión en el lenguaje provoca que, por ejemplo, el racismo olvide el color real de sus referencias para ser coagulado en blasones del lenguaje. Nadie se refiere a un negro por los matices de su piel, sino con el nombre de un rechazo previo a la presencia que se ha vuelto demasiado habitual. Este desapego apunta a una carencia originaria: No sabemos lo que somos, excepto por oposición al otro extraño, esa oposición apunta al ser.

Por ello este texto también aborda las vías de la urgencia. La resolución de conflictos mediante ensayos precipitados en el tiempo, y que lo vuelven apocalíptico y circular.

Y esto es un anónimo plural, que casi se vuelve tópico: *El capitalismo es un sistema sin memoria que borra la historia mediante ciclos hegemónicos que se repiten.* Convengamos, entonces, que en los momentos de conflicto, de más grave angustia, al principio se da una aparente igualdad entre los contendientes. Luego, uno gana la legalidad, durante un tiempo la sensación de venganza está a flor de piel y, por último, surge, ‘conciliadora’, la capitulación y el silencio de aquel que se censura para poder sobrevivir. Así es difícil establecer ninguna continuidad. La vida sigue. La dificultad se traduce en saltos, a veces lógicos, producidos por el barniz del que se provee lo cotidiano. De toda esta dificultad no se libra el autor, así pues este libro nunca podría llegar a ser una novela con sus secuencias sagradas y agradables a los ojos del lector. Hay una pérdida, tanto íntima como pública. Pues, el relato histórico, si se somete a la Historia (con mayúscula) al final se vuelve charcutería –en el sentido de hacer rodajas, al gusto, para mejor ser

cocinadas—. El resultado son espejos alejados que devuelven imágenes inicuas y fragmentadas.

Odios comienza con relatos de acontecimientos generales productores de órdenes paranoicos. Éstos cambian la percepción íntima del tiempo y el avance del sistema que nos rige, el capitalismo. De modo que el reflejo del sistema se percibe en esas partes de la ciudad donde habitan sus ruinas postreras; el reservorio que surte la cadena de producción, acogiendo la expulsión de personas en las mesas de reparto de fortuna.

Así, se transitan primeramente las cuestiones hegemónicas para más tarde recalar en lugares que la asepsia social ha relegado al olvido.

Ese ser aislado *productor del odio*, se quiere hacer patente en relatos como la “Comunidad”.

El miedo ordena jerarquías en “serpientes en cualquier ciudad”, la fagocitación del hombre entre la basura de la urbe que vale el dominio de un territorio que, no obstante, posee una vía de escape en el sueño.

Los relatos navegan en las vías del amor como antónimo del odio. Una pasión que se vuelve su contraria y tiñe de gris y silencio lo que antes había sido la pantalla de proyección de lo excelso sobre el otro.

En el apartado de la vida, los personajes que pueblan Odios, Petra B Cid y Agustina Torrero Sánchez, entre otros nombrados o atisbados en los primeros relatos, muestran su final como un salto desde lo que había sido reprimido en su niñez.

Todo lo cual provoca una profunda desconfianza hacia lo desconocido; lo que no está en los surcos de la fe íntima.

Las ilustraciones son de **Alfredo Igualador**. Su obra más reciente incide en retratar la cascada de imágenes lacerantes creadas por esos muros físicos, acotadores de territorios, que suponen la envidiada vida del progreso acéfalo, separada del nomadismo de los pueblos atávicos. Estas estampas de Igualador conforman el reverso de la pantalla donde nos miramos, las sufrimos todos los días agrupadas en un lenguaje pronto y olvidadizo. Consumimos la pena, la desgracia, pero eso no nos hace más sensibles a la tragedia de los que vienen de lugares más incómodos. El trágico consumo trae consigo el coagulante para una herida que se cierra pronto volviendo la piel más coriácea.



primera parte

Capítulo 1

El Odio de Dios

¡Matadlos a todos, Dios *sabrá reconocer a los suyos!*
(“*Caedite eos. Novit enim Dominus qui sunt eius.*”)

Arnaldo de Almeryc

La pregunta acerca del destino de un Pueblo parece dirigida a alguien que habita un pretérito no agotado a día de hoy. Si hay progreso, lo es a costa de guardar la memoria hiriente en un baúl repleto de naftalina.

La Unidad nacional se nos presenta, así, como un ente redondo capaz de eliminar las más diversas variables geométricas. Ajustada a una topología extraña, la omnipresencia de Dios empeñado en colonizar un imaginario rebelde, una esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna.

... a finales del siglo XII, Celestino III fue sucedido por Inocencio III, que por su origen familiar era un gran señor feudal. Creía en la virtud de las armas cuando estaban guiadas por Dios; también era jurista, formación que había recibido

en París y Bolonia. Concluyó que el catarismo había surgido por una carencia de la Iglesia; había pocos clérigos católicos bien instruidos, pocas abadías y obispos; muchos de estos últimos no visitaban sus diócesis más que para recoger impuestos.

El 1 de abril de 1198 escribió a sus arzobispos instándoles a castigar a los herejes cátaros, equiparando en 1199 la herejía al crimen de lesa majestad; en lo sucesivo, los herejes obstinados serían proscritos y sus bienes confiscados. Esta disposición se extendió a Occitania en julio del año 1200. Instituyó legados y les otorgó plenos poderes: derechos de excomunión, de pronunciar interdictos, de hacerse obedecer por los prelados y, en caso necesario, de sustituirlos por hombres más decididos. Su principal misión consistía en reformar el clero local y combatir la herejía.

Despojad a los herejes de sus tierras. La fe ha desaparecido, la paz ha muerto, la peste herética y la cólera guerrera han cobrado nuevo aliento. Os prometo la remisión de vuestros pecados a fin de que pongáis coto a tan grandes peligros. Poned todo vuestro empeño en destruir la herejía por todos los medios que Dios os inspirará. Con más firmeza todavía que a los sarracenos, puesto que son más peligrosos, combatid a los herejes con mano dura.

Los cruzados partieron hacia el Mediodía bajando por el valle del Rhône. Raimon Roger Trencavel, vizconde de Carcasona y conde de Béziers, cabalgó a su encuentro en un intento por llegar a un acuerdo con los legados papales. Nada tenía que ver con el asesinato de Pierre Castelnau¹, pero era sospechoso de herejía y fue rechazado.

¹ “Legado pontificio de la orden del Cister degollado al pie de la abadía de Saint-Gilles-du-Gard”. Podemos hacernos una idea de lo mal recibidos que eran los legatarios papales (dominicos en su mayoría), sobre todo a partir de la instauración de la Inquisición. El pañuelo rojo al cuello en las fiestas de San Fermín conmemora otro degollamiento.

... llegaron a Carcasona en 1209. Pedro II de Aragón cabalgó hasta la ciudad solicitando condiciones de paz aceptables para su sobrino Raimon Roger Trencavel. Arnaud Amaury exigió a su vez sus condiciones: solo autorizar a Raimon Roger y doce acompañantes a abandonar la ciudad. Condiciones inaceptables para Trencavel que, con veinticuatro años, moriría en las mazmorras de la que había sido su propia fortaleza una vez tomada la Cité.

Ese mismo año el nuncio papal, Aymeric, acuña la frase: “*¡Matadlos a todos, Dios sabrá reconocer a los suyos!*”¹ emitida con una soberbia excepcional. Esta frase autorizaba a expoliar tierras y acumular cadáveres:

En un mismo día los occitanos perdieron entre 10 000 y 15 000 hombres, además de al rey Pedro II de Aragón. Foix, Narbona y Comminges pasan a manos de Simón de Montfort. En noviembre de 1215 el Concilio de Letrán IV despoja de sus tierras a Raimundo VI de Tolosa y Raimundo II Trencavel nombrando a Montfort duque de Narbona, conde de Tolosa y vizconde de Carcassonne y Rasez, y a Arnaud Amaury arzobispo de Narbona.



Capítulo 2

Las líneas paralelas se encuentran en el infinito¹

(Euclides)¹:

1889, crónica de un cuaderno viejo, perteneciente a otro tenso tiempo de la historia de España; simplemente un tatuaje más (amor de madre):

Tarancón.

Día 24 de junio de 1889. Se bantaron las mujeres porque no hubiera consumos y no dejaron salir nadie al campo a trabajar.

El año 90 pasó la misma operación. El día 10 de junio se bolicieron a bantar y no salimos nadie al campo.

El día 11 bino el señor gobernador con una escolta de guardia zibil y metieron algunos presos.²

En este pueblo manchego, muy alejado del Languedoc asedia-

¹ La revisión del quinto principio de Euclides: “*Las rectas no equidistantes convergen en una dirección y divergen en la opuesta*”, dio origen a las geometrías llamadas no-euclídeas. Riemann y Lobachetsky produjeron geometrías curvas, por reducción al absurdo de la pertinaz regla, descubriendo que la curva se ajusta más a la realidad del continente y a la metonimia del camino – el plano dejó paso a la geometría del tiempo–.

² Este cuaderno manuscrito es un diario de la época

do por la iglesia de Roma en el siglo XIII, se hallaba un templo donde se guardaba un retablo renacentista de los más celebrados de la Europa cristiana.

Aunque Tarancón no era capital de provincia, bastó esa circunstancia para seducir al pontífice, que allí se detuvo antes de proseguir su viaje hacia lugares más catedralicios. La iglesia en cuestión era la iglesia del trancón, que da nombre al pueblo.

Su particular ubicación, en las lindes entre Cuenca y Madrid, lo sitúa, de manera casual, en la retaguardia de una de las batallas más cruentas de la guerra civil española, la Batalla del Jarama, razón por la cual las Brigadas Internacionales levantaron en el lugar un hospital de campaña, conocido por el “Hospitalillo” entre los lugareños, quienes de forma bastante natural, confraternizaron enseguida con los combatientes extranjeros, provenientes de mundos muy diferentes al propio, aunque todos ellos compartían los mismos intereses; una cultura popular generalizada.

Más tarde, tras el triunfo de los Nacionales, el “Hospitalillo” pasó a ser un polvorín estratégico, y sus viejos ocupantes, juzgados desde la óptica del nacional-catolicismo, perseguidos y tratados de herejes; pura escoria. Todo lo sospechoso de “Rojo” quedó maldito; al amparo de la reciente legalidad impuesta por las armas, se propiciaron los éxodos y los progroms, provocados por las envidias de cuantos ya apoyaban el Alzamiento desde su inicio. Ganar una guerra justifica lo que se quiera.

Había que financiar la autarquía. Tras la victoria franquista bastó con legitimar el robo bajo la ambigua fórmula de “la ley

de responsabilidad política”, que sirvió para disimular el saqueo de propiedades y tierras pertenecientes a los leales a la República. Como pruebas en contra eran suficientes la denuncia y la delación.

Capítulo 3

Los dedos mordidos de un pueblo

La ley transformó el robo en legalidad, bastaba la cruz para limpiar la tierra de tinte rojo.

En las humildes barracas perdidas en medio del agro, las despensas las vaciaban una vez tras otra tropas famélicas; el vino, los sacos de grano y el aceite iban a parar a esas barrigas itinerantes. Ninguna resistencia ante las armas amenazadoras, silencio, mucho silencio.

El país entero quedó devastado. Los disidentes, fusilados o encerrados en cárceles y campos de concentración, donde fallecían a causa del hambre y de las enfermedades derivadas de las malas condiciones de esos recintos carcelarios improvisados (monasterios incluidos, como el de Uclés). La piel se tornaba costrada y agrietada, acumulaba el polvo de los muertos y los vientos del retroceso.

El “Hospitalillo” de Tarancón, convertido en un polvorín estratégico, estalló justo 10 años después del término de la guerra, sin conocerse muy bien las razones (*Rosario, dinamitera,*

sobre tu mano bonita, celaba la dinamita, sus atributos de fiera...). El hecho reprodujo el pánico a los bombardeos: cascos sobre las casas, explosiones sucesivas, varias decenas de muertos y otros tantos heridos.

Los planes de exterminio, ideados por el franquismo ya desde el comienzo de la guerra, cubrían la mitad de esa España olvidada. Sentencias de corte castrense, penas de muerte, a veces suavizadas por cadena perpetua en campos de concentración demasiado latos (¡cuatro lustros sin piedad!). Muertes banales, de corte moral y rígido: Miguel Torrero Sánchez muere en prisión después de haber recibido una paliza con el fin de hacerle confesar nombres que no sabía; su único delito: haber robado carbón. Las condiciones carcelarias provocaban que los resistentes fallecieran hasta por catarros no tratados y muchas veces de inanición; atemperando su honra sólo con nanas de cebolla (escritas entre el hambre y la memoria reticente).

Las tácticas represivas fueron múltiples y variadas; un corsé moral demasiado prieto, apoyado en una autoridad punitiva. El triunvirato de la delación: Iglesia, guardia civil, gobernador; una segunda Inquisición ocho siglos más “tarde”.

En 1242 Raimundo VII de Tolosa con el apoyo de Trencavel, Almaric vizconde de Narbona y el conde de Foix se apropia de Rasez y a continuación del Minervois y Albi antes de entrar en Narbone. Los franceses resisten en Carcassonne y Béziers, y las llamadas de Raimundo VII al alzamiento occitano y sus peticiones de ayuda a los duques de Bretaña, condes de Provenza y al rey de Aragón son desoídas. Luis IX se pone en marcha hacia el Languedoc a la cabeza de sus ejércitos obligando una vez más al conde tolosano a capitular. En enero de 1243 Raimundo VII hace acto de sumisión a Luis IX y es imitado por el conde de Foix y el vizconde de Narbona.

Pese a la derrota de los señores feudales, la herejía cátara siguió presente en el Mediodía. Para terminar de extirparla la Iglesia crea la Inquisición, que en un principio se centrará en reprimir a cátaros y valdenses. Su presencia es motivo de distintos alzamientos populares y de que los cátaros se retiren paulatinamente a fortalezas apartadas con la esperanza de sobrevivir alejados de las fuentes militares del conflicto. La caída de estos castillos y fortalezas, como la de Montsegur en 1244 y la de Quéribus en 1255, causará las últimas matanzas de la guerra y el fin del catarismo. La Inquisición seguirá actuando en la zona en los siguientes tres cuartos de siglo, pero con casos individuales, hasta que se da por extinguido.¹

Cuenta la leyenda que en las afueras de un pueblo lejano del sur de Francia habitaba una especie de dragón al que la gente llamaba Tarasca. Su cuerpo tenía tronco de buey, garras de oso y cola de escorpión. Al parecer una mujer lo domesticó y lo trajo hasta el pueblo, los habitantes del mismo, atemorizados, le dieron muerte. Después, cargados de culpa, decidieron poner a su pueblo el nombre de Tarascon.

En las fiestas del pueblo manchego de Tarancón, la gente corre atemorizada delante de una especie de carretilla del revés que despide fuego, a modo de dragón, que porta un corredor; los taranconeros lo llaman el torillo de fuego. No lo matan, como en el caso de la tarasca francesa, se limitan a huir de él evitando sus quemaduras.

Agustina Torrero Sánchez llevaba en su estirpe una reala de apellidos pétreos provenientes de otras tierras lejanas: Navarra, Torrijos, Prieto, Párraga, Córdoba. Huella impertérrita de otro tiempo cargado de olvido. Los lugareños tenían olvidada

¹ “Trencavel, Carcassonne, Trancón, Tarascón y la tarasca”.

la parte mala de Dios; nadie se acordaba del apellido repesaliado; de los cautivos en las mazmorras de Uclés; de los que habían muerto en las cunetas.

Las ventanas de las casas se cubrían con visillos y persianas que no permitían penetrar la luz deslumbrante del mediodía, pero dejaban ver el exterior sin ser visto, de manera que se podía odiar al paseante con cierta nocturnidad, y Agustina Torrero lo hacía muy bien. Las tardes a la fresca, las calles se poblaban de “anea crítica”, y la tragedia se convertía en resignación cristiana. Las diferencias con el prójimo eran matizadas con soberbia, y envidia, pecado más útil al ser cristiano de la época e ideal para el régimen. Si alguna vez tuvieron una lengua el viento negro la había dormido. Las antiguas casas que rodeaban el trancón habían sido destruidas, luciendo más tarde el cartel R.D., regiones devastadas, que obligaban a reconocer como hijo predilecto al dictador, a cambio de olvidar toda su lengua anterior.



Una breve historia de damas y señores

Blanco, negro, blanco, negro. La geometría, y no la geografía, hace al mapa, que calcula el terreno a conquistar y el que se conquista. La guerra sigue siendo cartesiana (sin cortesías), y los píxeles que conforman la imagen de esos juegos bélicos alejados del horror del campo de batalla, seducen a un impulso imposible de absorber por la civilización: *aniquilar al otro*. Son el espejo de una reducción que sigue imitando las abscisas y coordenadas y el escaque que se ríe de la muerte.

Se encontraron escritos sobre el ajedrez fechados en la India del siglo VI a.C. En dicho juego hay distintas figuras, una muy especial, el rey, con el que se acaba la partida cuando se le acorrala y no puede ocupar otro escaque que el que ya posee. Esto es descrito en un poema persa como *Shāh–mat*. (Jaque mate), así como los movimientos dobles, *Shāh–rukh* (*enroque*), del rey y la torre, que hasta ese momento eran las piezas más importantes del tablero.

La chaturanga (nombre originario del ajedrez) se fue extendiendo lentamente hacia China, donde se confunde su origen, y llega a Europa a través de África y de Rusia.

Cuando entramos en la deriva rusa del ajedrez, otra figura cobra decisiva relevancia conforme el juego traspasa fronteras, la figura del consejero, esa pieza al lado del rey tiene una mayor capacidad de movimientos que los elefantes o la artillería. En sánscrito la palabra consejero se pronuncia *fierze*. Con el tiempo, y por homofonía, *fierze* derivó a *Vierge* alusión a la mujer como objeto de adoración; o sea, la Reina (del latín *Regina*) o la Virgen. En el tablero se le da una mayor capacidad de movimiento, la diagonal y la línea recta, vertical y horizontal.

En esos tiempos había una gran influencia en el sur de Europa de la cultura occitana, asentada en el territorio albigense dominado por los cátaros quienes, mediante la trova y la poesía, difunden una idea de amor puro, el “amor cortés”. Dicho amor trazaba una imagen ideal de la mujer, como objeto de atracción imposible de alcanzar. El reto moral era resistir a la tentación del cuerpo femenino tomado como carne, privilegiar una idea de mujer pura y con poder para alentar conquistas lejanas.

La iglesia romana no tardó en considerarlo un juego peligroso. Aunque más tarde, en la época de Inocencio III, se empezó a aceptar en los discursos alegorías ajedrecísticas, había monjes que escribían sus prédicas con alusiones al juego de los escaches, *Liber de moribus Hominum et Officiis Nobilium Sive Super Ludo Scacchorum* (“Libro de las costumbres de los hombres y deberes de los nobles o el Libro de Ajedrez”).

Las lanzas y estandartes de los cruzados se surten de prendas arrojadas desde torres de presidio, el sexo en los hogares se clausura con cinturones de castidad mediante llave fiduciaria. Pero, las sospechas se siguieron produciendo. No por ello la mujer fue elevada a un lugar digno en la sociedad de la época,

algunas eran sacrificadas y atadas a los árboles por despecho, por el hecho de no haber alcanzado el ideal de pureza.

Las hogueras inquisitoriales se surtieron de albigenses y también de mujeres dotadas de movimientos oscuros.



Capítulo 5

Antígonas

El siglo XIX fue atravesado por una ilustrada inquietud: ¿Cómo debilitar el odio del hombre contra el hombre?

Los Estados modernos se proponen intentarlo cercenando las acciones del individuo sobre el Estado y manteniendo, a su vez, el Ancien Régime, como vestigio y recurrencia si el nuevo orden fallara. En el temblor entre el viejo poder medieval y la envolvente razón de Estado, se descubre el añoso y grande “acontecimiento griego”. Los poetas encuentran en la tragedia griega lo que se ha ido dejando por el camino: el destino, la Até (la desgracia), la Hamartía (la falta), la Diké (justicia). Como consecuencia de todo ello, se realizarán infinitas versiones de la “Antígona” de Sófocles.

En dicha obra se destaca la lucha entre dos formas de entender la ley: el corazón o la razón, con un exceso infranqueable de la una sobre la otra. El argumento desarrolla el empeño de enterrar un cadáver (el de Polinices, hermano de Antígona), considerado traidor a la patria, tras una guerra fratricida por la disputa del poder (Etéocles y Polinices). Ambos se dan muerte

y el trono es ocupado finalmente por Creonte, quien pone fin a la guerra con la promulgación de leyes que dividen al Pueblo de Tebas declarando traidor a la Patria a uno de los hermanos y al otro, defensor de la misma.

Antígona se formula esta pregunta ¿Debo obedecer las leyes de la ciudad o debo obedecer las leyes de los dioses, que señalan que un cuerpo debe volver a la tierra madre, que no deben permitir que las bestias y pájaros oscuros emponzoñen y devoren su carne?... para cada ser hablante hay dos muertes en juego: la física y la del deseo¹.

Una diferencia fundamental entre la época en que Sófocles escribe la tragedia (siglo V a.C.) y el siglo XIX, es el tratamiento dado en ambas circunstancias a la moral personal y a la Ley. Cuando Sófocles escribe, los dioses, múltiples, cargaban con un reparto de odio diseminado. Sin embargo, cuando este tema se retoma en el siglo XIX, las religiones imperantes en el mundo son ya decididamente monoteístas e instrumentalistas.

En el siglo IV d.C., se produce un hecho que instaaura, unilateralmente la religión cristiana como universal, revisando sustancialmente los presupuestos griegos y transformándolos en *Caritas ecuménico*.²

¹ José León Slimovich: “Lacan: amor y deseo en la civilización del odio”

² La obra de Pablo de Tarso se inserta entre dos culturas hegemónicas, la griega que cultiva el saber, y la judía regida por la ley mosaica. Para ganar adeptos, Pablo amplía sus discursos a distintos pueblos: corintios, romanos, tesalónicos, efesios. Su intención no es captar eruditos, ni expertos en justicia, sino problematizarlos. Su obra es fundamento político, toma como único artículo el amor a Cristo para introducir su aparato legislativo, que supone una diferencia con respecto a la Diké (justicia griega): el individuo sólo es culpable ante la ley, y no tiene por qué ajustar “sus excesos” con respecto a ley interior alguna, sino al amor a Cristo. La falta (Harmartía) se convierte en pecado y el hombre se va alejando de su destino trágico.

Ya en el siglo XX, muchos Estados optarán por transformarse en dictaduras, las cuales eliminan por completo cualquier referencia a una moral individual sin importarles demasiado los afectados o los ahogados en el mar inquieto.

Entra en juego la memoria, la memoria de los olvidados, a los que se les ha asestado una segunda muerte, el nombre propio, borrado en el humo (*él grita toquen más oscuro los violines, entonces/ subirán al aire como el humo / entonces una tumba tendrán entre las nubes allí se yace cómodo*. Paul Celan), el agua o el vientre de los pájaros y alimañas o en la ancha sepultura. No sólo es su recuerdo, sino la inquietud que despierta si merece la pena vivir una vida conforme al ideal de barro de un leviatán atroz.

El deseo se alimenta de muertos.

Antígona se vuelve una tragedia popular al tratar los conflictos de cualquier rebelión contra el estado autoritario.

Al respecto, especial atención merecen las versiones realizadas en Latinoamérica, plenas de nuevos significados y entrecruzamientos:

“Antígona Vélez” –un largo poema en verso libre con innumerables fragmentos de letras de tango– como ejemplo.

*Uno, las fechas, como los nombres, son lo más importante.
El nombre por encima del calibre de las balas.*

Dos, sentarse frente a un monitor. Buscar la nota roja de todos los periódicos en línea. Mantener la memoria de quienes han muerto.

Tres, contar inocentes y culpables, sicarios, niños, militares,

civiles, presidentes municipales, migrantes, vendedores, secuestradores, policías.

Contarlos a todos.

Nombrarlos a todos para decir: este cuerpo podría ser el mío.

El cuerpo de uno de los míos.

Para no olvidar que todos los cuerpos sin nombre son nuestros cuerpos perdidos.

Me llamo Antígona González y busco entre los muertos el cadáver de mi hermano.

La señal del nombre ya no es el cadáver sino la ausencia de su voz, de su verbo, de los hilos de sus ideas muertas:

Por eso sé que no estás vivo. Si estuvieras vivo habrías dado señales, habrías llamado, habrías enviado un mensaje. Si estuvieras vivo habrías luchado hasta la muerte por hacerme saber.

De cualquier forma, si por un milagro te hubieras salvado, ya habrías conseguido que te pegaran un tiro, Tadeo. Tú no ibas a servirles para esas cosas de andar matando gente.

Dicen que para eso es que los quieren ¿no? Para reclutarlos por la fuerza en sus huestes. Para usarlos como escudos.

Por eso cuando veo los noticieros, la verdad es que ya no sé qué creer ni a quién creerle. Cuando con vanagloria anuncian la captura o muerte de “civiles armados”, yo ya no sé si esos hombres, si esas mujeres que miran a la cámara con rostro impenetrable desde el paredón de los acusados o que yacen inertes sobre el asfalto, de verdad son delincuentes o sólo carne de cañón. Acá, Tadeo, se nos han ido acabando las certezas. Día a día se nos resbalaron sin que pudiéramos retenerlas.

Amealco, Querétaro. 15 de febrero. Los cuerpos de dos mujeres y un hombre, los tres con el tiro de gracia, fueron localizados cerca del límite entre Guanajuato y Querétaro. Sobre una barda anexa se encontró un mensaje escrito en una cartulina.

Hay noches en que te sueño más flaco que nunca. Puedo ver tus costillas. No traes camisa y andas descalzo. Puedo ver tus ojeras y tu cansancio de días. Andas solo por ahí en las noches, recorriendo calles de ciudades desconocidas. Andas rastreándome, Tadeo, como quien se aferra a algo incierto, como quien aún en la zozobra guarda un poco de cordura y busca la salida de emergencia. Andas buscándome en la oscuridad y a tientas porque de algún modo intuyes que voy tras de ti. Por eso te pienso todos los días, porque a veces creo que, si te olvido, un solo día bastará para que te desvanezcas.

Me gusta soñar ese río ¿sabes? Me gusta porque sé que no volveremos jamás a sus aguas.



Capítulo 6

De guerras y olvidos

Es necesario crear una atmósfera de terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todo el que no piense como nosotros. Tenemos que causar una gran impresión, todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado.

Estamos decididos a aplicar la ley con firmeza inexorable: ¡Morón, Utrera, Puente Genil, Castro del Río, id preparando sepulturas! Yo os autorizo a matar como a un perro a cualquiera que se atreva a ejercer coacción ante vosotros; que, si lo hicierais así, quedaréis exentos de toda responsabilidad.¹

*No está escrito en ninguna parte – ni en la piedra ni en el agua – el rigor con que han de actuar los asesinos.
Eso queda a su buen entendimiento.²*

¹ General Mola: *Instrucción Reservada*. Base 5^a

² Mariano de Hossorno “Relatos sin asunto”.
Cap. Las construcciones de la guerra civil española 1936–2016

En el lugar donde ayer se estableció la nieve, a día de hoy queda un limo sucio, un barro seco, una ancha sepultura.

Soñó, una vez, que el asfalto de las calles se convertía en una especie de trampantojo vegetal, como una alfombra inestable, que más abajo dejaba descubrir un abismo. Las cunetas amanecían cubiertas de flores vivas; flores de otro mundo: ibiscus, asfódelos, pensamientos, crisantemos, recordando los ritos antiguos, esas dedicatorias a los muertos que no vuelven, y que destilan un perfume que contrasta con el mundo donde los sentidos están ya ausentes.

Pero el paraíso se había transformado en el preámbulo de la guerra, ¿de hombres?, peor aún, una guerra de zombis, mirada y guerra perdidas al mismo tiempo. Mirada sin expectativas, desamparada, como respuesta a un estertor inquieto que se resiste a desocupar la tierra.

Tal vez algunos no me entiendan, pero aún a pesar de lo que te hicieron yo no anhelo como mucha gente dice que los maten a todos, que los exterminen como perros. Si yo quisiera eso no sería mejor persona que aquellos que acuso.

No, Tadeo, yo no he nacido para compartir el odio. Yo lo que deseo es lo imposible: que pare ya la guerra; que construyamos juntos, cada quien, desde su sitio, formas dignas de vivir; y que los corruptos, los que nos venden, los que nos han vendido siempre al mejor postor, pudieran estar en mis zapatos, en los zapatos de todas sus víctimas, aunque fuera unos segundos. Tal vez así entenderían. Tal vez así harían lo que estuviera en sus manos para que no hubiera más víctimas. Tal vez así sabrían por qué no descansaré hasta recuperar tu cuerpo³.

³ “Antígona González”, Sara Uribe

En Extremadura, en la posguerra, el fusilamiento más numeroso⁴ tuvo lugar el 28 de agosto de 1942, en Alía. Gómez Cantos (teniente coronel de la guardia civil) hizo una lista con 24 nombres elegidos al azar y los convocó en el cuartelillo “para arreglar papeles”. Pretendía, en realidad, aterrorizar a la región y que nadie siguiera dando apoyo al maquis. Todo el pueblo, vigilado por un cordón de guardias civiles, presencié la masacre. ¿Su delito?: “Algo tenían que saber”, sentenció Gómez Cantos. Mientras tanto, él dormía en el monasterio de Guadalupe.

Por aquí también a usted la matan si entierra a sus muertos.

Los caminos llenos de muertos dan más miedo ¿no?

: Llenos de muertos.

: Los caminos.

: Por aquí también a usted.

: Si entierra a sus muertos.

: Dan más miedo ¿no?⁴

⁴ “Antígona González” Sara Uribe

El desmoronamiento de la sabiduría

¿Cómo pudieron dejarse agarrar los poderes? La respuesta a este problema debe buscarse del lado del desmoronamiento de la sabiduría.¹

La decisión estaba tomada, se afianzaba con ella el pacto entre el militarismo y la ciencia, que ya se había producido en la primera guerra mundial con los efectos devastadores del gas mostaza. Sólo que ahora la prudencia se tornaba aceleración y ni siquiera el observador estaba a salvo de sus efectos nocivos.

En la segunda guerra mundial, durante los primeros ensayos de la bomba atómica en el desierto de Nuevo México, muy cerca de Las Vegas, no se sabía aún si se había actuado con la suficiente cautela al calcular la distancia idónea entre el inédito fenómeno que iba a ocurrir y la mirada de los expertos. Los 30 kilómetros de separación fueron suficientes a ojos del mando militar; todo era optimismo; la moda lo vendía como espectáculo, vestidos y peinados imitaban el hongo atómico, aflojando la gravedad del asunto.

¹ “La ética del psicoanálisis” Jacques Lacan

El cálculo tomaba así la forma de una apuesta (eso sí que era jugar a los dados). Velocidad y efectividad soterraban el cuidado. Los efectos de la devastación sobre humanos y naturaleza se conocerían más tarde. Sólo después se comprobó que los residuos del plutonio tardan en reabsorberse casi dos generaciones.

Ese horror en la piel de la tierra pone en funcionamiento, en 1947, el reloj del apocalipsis, la fecha del fin del mundo. Se introduce, así, el miedo como sensación prevalente.

Eisenhower lo sabía. Con la solución propuesta para acabar con el conflicto contra las grandes dictaduras, con la solución final para salvar las democracias, también se coloca en un borde neurótico a la humanidad misma.

De otra parte, el *quintacolumnismo*, ensayado por vez primera en la guerra civil española, permitía que los procesos de ocupación se aceleraran², reduciéndose enormemente la diferencia temporal entre la sensación de invasión con respecto a la primera guerra mundial –cuatro años de trincheras prácticamente estáticas–. Tan sólo tardaron dos días los parisinos en ser invadidos desde que oyeran hablar de ello en tugurios y ondas radiofónicas hasta la entrada de los primeros *Pancer* en París. El miedo se apoderó de las poblaciones casi de inmediato. Los efectos de la propaganda se tornaron muy eficaces.

El espacio era prontamente dominado, si no territorialmente, sí con la sospecha real de que la puerta de tu vecino tenía oídos finos. ¿Qué se produce en lo íntimo? La inflación del tiempo, lo importante es la velocidad. Una variable fundamental para el dominio del territorio. No importa el destino, la única arma de defensa es la velocidad. Ella misma se convierte en agente del miedo.³

² Gutmaro Gómez Bravo, “Geografía humana de la represión franquista. Del Golpe a la Guerra de ocupación, 1936–1942”. Ed. Cátedra. Madrid, 2017

³ “La administración del miedo” Paul Virilio

Capítulo 8

El silencio de la grulla

Uno de los rasgos más entretenidos de la historia de las ciencias es la propaganda que los científicos y los alquimistas hicieron ante los poderes, en la época en que comenzaban a volar un poco, diciéndoles— Denmos dinero. Si nos dan un poco de dinero, cuántas cosas y máquinas pondríamos a vuestro servicio¹.

El capitalismo engarza el discurso del amo y el saber sistematizado, instaurando un sistema curioso: “*el ORDEN sin MEMORIA*”. Dicho sistema pone en juego lo pervertido de ese discurso haciendo circular de manera vertiginosa la producción de ingenios y hechos mecánicos fascinantes. Casi toda esta producción tiene un origen militar que marca después la vida civil: la política es la continuación de la guerra, y viceversa.

Einstein, tras enunciar su teoría de la que se derivaba la energía del bombardeo de átomos dejó su producto al albur de la técnica y se retiró a “militar” en movimientos humanitarios. Oppenheimer, tras ver los efectos del uranio que, secretamente, habían producido los laboratorios militares estadounidenses

¹ “La ética del psicoanálisis” Jacques Lacan

ses a fin de parar la guerra volviendo a la línea recta, se escoró a la izquierda. Fue espiado durante mucho tiempo por el FBI, había cometido el imperdonable error de criticar abiertamente las decisiones del presidente Eisenhower.

¿Cómo parar la guerra?, dialogaban de forma epistolar Freud y Einstein sin llegar a una conclusión positiva, excepto en términos no satisfechos por los laberintos de la civilización. El hombre siente placer en la destrucción y la humillación de su semejante, sin poder agotar de forma satisfactoria dicho torrente.

¡Qué miedo la guerra!, ¡qué miedo! El miedo a la “guerra mundial” vuelve a aparecer con una cadencia intensa, cada nueva crisis del capitalismo, cuyas soluciones apuntan siempre al corazón del valor, destruyéndolo y soldando los trozos resultantes con pegamento “viejo orden”; órdenes violentos, que infunden y refunden teorías del miedo y cálculos precisos de consumo y beneficio, que le llevan a elegir, como más idóneo, el modo de convivencia del mismo imperio que ha destruido y corrompido cualquier otro desarrollo. No hay sistema de relevo.

Dicen que, en una laguna cercana a Nagasaki, siempre llena de pájaros que lanzaban sus gritos y reclamos, justo antes de caer la bomba, justo antes de surcar el cielo el pájaro cuyo vientre portaba a “*fat man*”, las grullas dejaron de gruirl. Se produjo un silencio que avecinaba la catástrofe, como si los pájaros supieran también de cataclismos no telúricos, como si ellos hubieran ya incorporado la destrucción de la tierra por el instinto intermitente y rectilíneo del hombre...

Capítulo 9

Un perro sin luz

En la medida en que la mirada, puede llegar a simbolizar la falta central expresada en el fenómeno de la castración..., deja al sujeto en la ignorancia de lo que está más allá de la apariencia.¹

1929. A las once en punto de la mañana el mercado había degenerado en un desenfrenado y disparatado tumulto de vendedores. En el interior de las salas con indicadores instaladas por todo el país, el ticker informaba a los aterrorizados y apiñados espectadores de que se estaba produciendo un espantoso colapso (...) Un obrero apareció en lo alto de un rascacielos para hacer algunas reparaciones, pero la multitud supuso que se trataba de un suicidio y esperó impaciente a que se decidiera a saltar (...) Los títulos se vendían ya por nada. Las Bolsas de Chicago y Buffalo habían cerrado. Comenzaba a desarrollarse una ola de suicidios; once especuladores de reconocida fama se habían dado muerte hasta entonces.

¿Por qué ya no lo hacen?

Ese mismo año, dos hombres² se ponen de acuerdo para unir sus

¹ “La ética del psicoanálisis” Jacques Lacan

² Salvador Dalí y Luis Buñuel

sueños. Uno de ellos sueña que su mano se llena de hormigas; el otro, que una navaja de barbero corta un ojo abierto a la curiosidad. Ese corte transversal del ojo se vuelve universal cuando, en el cortometraje resultante (“Un perro andaluz”), recurren a otra imagen similar, una nube atravesando el disco lunar.

2001. Un día de septiembre, el once, como algunos otros *onces* de septiembre más orillados. Un avión surca el cielo de New York y su fuselaje atraviesa una de las “torres parejas” produciendo, inmediatamente después, una nube de humo negro. La cámara sigue fija, en paralelo a la imagen de las torres unos minutos más, captando el humo negro del queroseno y el acero. El hecho se produce en algunos lugares –meridiano O–, justo a la hora del telediario del almuerzo. El locutor narra con estupor el incidente. Unos minutos después vacila, un nuevo avión vuelve a surcar el mismo cielo se estrella contra la torre gemela. El informador no entiende nada. Esperaba enlatar la noticia, y de repente la escena se repite, una imagen sin texto que desarma la censura oficial y la deja sin defensas.

Nadie sabe lo que sucede, el centro financiero mundial ha sido atacado a una hora en que mucha gente esperaba la narración de catástrofes preparadas para la somnolencia general, y sin embargo el mundo recibe una herida en su mirada tranquila.

Sorprende a todos que Wall Street fuera un muñeco de trapo, un gigante con los pies de barro. Pero no se conoce aún la respuesta del imperio a la herida en su corazón, se lo opera con un bypass a la destrucción planetaria. Quedan en la memoria imágenes de hombres con traje y corbata arrojándose al vacío con desesperación y el hundimiento de la sede física del capitalismo financiero.

La butaca se ha vuelto inquieta, el corte en el ojo ya no es la “censura” que toma de la mano a la ley, sino lo real inesperado mordiendo la tranquilidad imaginaria fabricada por el dinero. El capitalismo ha encontrado un nuevo enemigo que, a su vez, ha descubierto el centro de poder en las afueras de la geografía local, un nuevo enemigo que no reside detrás de un muro, sino en la semilla de lo putrefacto, de lo que se llena de hormigas y otros insectos que interesan a la ciencia forense para calcular la edad del crimen.

Amsterdameses del mundo uníos ya

No hay más que echar una mirada a las ciudades para darse cuenta de cuáles son los edificios hegemónicos. Las piedras hablan, decía Jean Arp.

Las tres equis (XXX) que aparecen en la bandera de Ámsterdam son un misterio. Se dicen muchas cosas acerca del origen de esa marca, pero lo más sugerente es que tenga que ver con el comercio, marcas de mercancías que traspasan su frontera.

Hay un edificio aduanero extraño, situado en un canal del centro de la ciudad del Ámsterdam actual, aparentemente en medio de ninguna linde –ganaron mucho terreno con la geometría pitagórica del agua y la tierra–, seguramente este límite estaba situado en un borde anterior de la ciudad, puesto ahí para que sus pobladores arancelaran los productos que entraban para el consumo desde lugares remotos, y participar así del gran negocio de la mercancía.

Los amsterdameses habían cedido unos terrenos a la Iglesia para que construyeran un templo en el seno de la ciudad, el resultado: *Oude kerk*, en honor a san Nicolás, cuya cúpula dominó el skyline amsterdams –arañazo en la piel del cielo–. Después, y sin ningún tipo de inquina, los amsterdameses levantaron La Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC), apenas unos cientos de metros más allá de la vieja iglesia, para así poder dominar los bordes de la ciudad y esperar a ver llegar las mercancías provenientes de lugares exóticos y lejanos para surtir al lujo y al boato de los ricos, también de los eclesiásticos –oro, sedas y brocados–. Eran expertos en huir de la parábola bíblica “... *haced como los lirios del campo, que no hilan ni tejen...*”, pero el poder del imperio estaba en esa metáfora del barroco, en hilar, tejer y ornamentar, y hacer pasar el mayor número de cabezas por el hueco del tejido resultante, el cuerpo es el vestido.

Siempre se torna a la fe con el heraldo de la culpa. El Estado contemporáneo sigue temiendo esta potencia de la fe, sigue temiendo la ley del corazón, pero inventa el prestigio mediante lo inútil que fascina, el brillo del objeto capturando la mirada y dejando dormida la voluntad por un tiempo.

Dos formas de ejercer el poder, una que sobrepone la idea de la persona sobre el Estado, y otra la disolución del hombre en el poder de la razón y la habilidad.

Todo se solventa privilegiando algunos de los diferentes derechos sobre otros. A medida que se favorecen unos, se debilitan otros. El derecho canónico ponderaba la dignidad de las personas con respecto al gobierno de la tiranía. Sin embargo, la idea de Estado moderno se construye alejada de ese derecho, debilitando con habilidad la respuesta de la persona. La vio-

lencia es privilegio exclusivo del Estado. El borde y el horizonte contra el empuje al cielo. Pero tanto el Estado como Dios, se reservan el tiempo de la venganza, las horas, como la vida, están contadas.

Capítulo 11

El tercer odio

... el sistema de todos, el capitalismo, ha logrado expulsar el amor y en medio de convulsiones sociales y personales, lo sustituye por el odio¹

En el poema “escuchan gente de Vietnam...” escribe Jacques Prévert:

“Qué quieren
Nos atacan con máquinas
Defenderse a mano
No sería civilizado
Nos dirían salvajes”²

1995–1997, en la zona de los grandes lagos, África central, las cosas se complican. En el principio fue una retirada que parece una conquista, los belgas dejan su colonia (El Congo), no sin antes haber grabado una especie de huella que domina el reparto administrativo, otorgándole a una etnia minoritaria el

¹ “Lacan: amor y deseo en la civilización del odio”. Coordinación: José León Slimovich, Francisco Cruz, Manuel Duro, Bernard Levy.

² “La lluvia y el sol” Jacques Prévert”

pastoreo y a los otros el cultivo de las tierras, una especie de repetición del pasaje de Caín y Abel, que provoca más de dos millones de muertos pasados a machete; los hombres se preparan para el trabajo diario como si fuera un mal despertar, machete en la cintura y algo para el almuerzo:

Ruanda invade un territorio 14 veces superior al suyo en la república democrática del Congo, Uganda hace lo propio, pero además entran en la guerra, Zimbabue, Angola, Namibia y así, sucesivamente. En ese escenario dantesco, Kibila se hace con el poder con un ejército compuesto por 15.000 niños, porque ya no hay hombres para combatir en aquellas regiones, la paz no llega nunca, y los hutus son repatriados a la fuerza exterminados. Hay un momento patético en el que ACNUR dice que se le han perdido 200.000 refugiados.

...

Un grupo de expertos de naciones unidas ha elaborado una lista donde señala cuales son las empresas que se están lucrando de ese comercio mortal. Esas empresas son casi todas de la región, y en alguna de ellas aparecen como responsables los presidentes o familiares de los presidentes de los países más directamente afectados en el conflicto bélico. Pero resulta llamativo la siguiente lista; la lista de esos otros que están detrás, lo que en derecho penal llamamos receptadores, los que compran las joyas robadas, esos señores que viven en los sótanos y se lucran del delito previamente cometido por otros. En ese informe de los expertos de octubre del 2002 se dice que hay 85 empresas que están adquiriendo de segundo grado esos minerales, y esas empresas lo están haciendo, además, en violación de las normas de la OCDE sobre transacciones internacionales. La relación de empresas arroja los resultados de que 21 son belgas, 12 británicas, 8 norteamericanas, 5 alemanas, 2 canadienses, 1 holandesa y otra finlandesa. Algunas son tan conocidas como El Barclays Bank y Bayer.

En tales circunstancias, Uganda, un país con una exorbitante deuda externa, es felicitada por el Banco Mundial y puesta como ejemplo para toda la comunidad internacional, como país que sabe hacer frente a su deuda externa y pagar puntualmente los plazos. Plazos abonados en función de sus exportaciones de oro y diamantes, con la única salvedad de que Uganda no produce ni oro ni diamantes...

Cada vez que se descubre una materia prima en el Tercer Mundo, necesaria para alimentar el boato y el hecho diferencial del sistema capitalista occidental, lejos de ser una oportunidad para el desarrollo de una zona pobre, supone un nuevo arribo de la esclavitud en la propia casa, en el éxodo que conlleva querer alejarse de esa esclavitud se encuentran infinidad de campos de concentración y un muro de agua lleno de cadáveres, el Mediterráneo.

Capítulo 12

El muro

Una de las pocas alegrías que recibió el mundo en la segunda mitad del siglo XX, fue la caída del muro de Berlín y el debilitamiento del telón de acero. Todos quedamos fascinados con el beso de dos líderes de una sola nación dividida; con el mismo idioma, pero diferentes modos de gozarlo.

Una voz inmediata en la televisión alemana clama: *Lo que nos habían contado del comunismo era mentira. Pero, lo que nos habían contado del capitalismo era verdad.*

El mundo se volvió como loco con la desaparición de la censura en los regímenes comunistas. Censura que se imponía a la ambición del hombre de querer saber qué había detrás de ese muro.

Así, decía Antoine Tudal:

*Entre el hombre y el amor, está la mujer.
Entre el hombre y la mujer, hay un mundo.
Entre el hombre y el mundo, hay un muro.*

Su franqueamiento no supuso mayor conocimiento del otro, del extraño, sino la renuncia a un goce anterior y la alienación a otros modos de olvido.

Todo se volvió líquido, y los diques que contenían las corrientes de los trucos del capital se oxidaron permitiendo un flujo sin reparos.

Nadie calculó que se dejaba vía libre al Imperio hasta que encontrara un nuevo dique, posiblemente más cruel, y que ya no era soportado por ideologías adversas, sino por una moral nueva. Una moral que ya no esconde la salvación en otro mundo, sino en la muerte de éste, pese al suicidio, el *amok* como única arma de oposición.

Nadie previó que las mentes liberadas del yugo comunista representaban más de mil quinientos millones de personas. Ni que los envoltorios de celofán con los que el Imperio empaqueta la usurpación de las condiciones de vida iban a aumentar exponencialmente hasta formar nuevas islas (*En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos*; Jorge Luis Borges) de plástico que flotaban unidas en el ancho mar y en el estrecho estómago.

Nadie leyó siquiera entre líneas, el efecto del poder sin muros; que los laboratorios iban a castigar a las naves de los locos diagnosticando “síndromes” fabricados en reuniones de apenas 20 minutos, y luego calmados sin libro de reclamaciones.

Nadie se permitió después de muchos años volver a escuchar la niñez desnuda, ni el saber del anciano.



segunda parte

Barrio
el odio radial



Capítulo 13

Cuatro límites, las venas de la ciudad

El mapa barrial dibujaba una geometría cerrada, sin salida. Presidido a su entrada por una alta chimenea de ladrillo rojo refractario, simplemente construida para producir los materiales precisos con los que luego levantar bloques de viviendas a costa de las empresas aledañas. La zona se había desarrollado enormemente en una época anterior de auge industrial y, mediante una disposición de ley, se había acordado construir vivienda barata donde alojar a los obreros de aquellas, dueñas de todo. Los bloques de pisos fueron ocupados por gente de diferentes gremios, siderurgia, ferroviarios, policías municipales y, tras la llamada laboral, recibieron los nombres de los lugares de origen de sus moradores, formándose, muy en particular, el bloque de los extremeños y el bloque de los andaluces, sempiternos emigrantes.

No todo el barrio mantenía esa homogeneidad; había zonas con distintos modos de convivencia. Los rácanos salarios y la remisión de la mujer a las labores domésticas, forzaban a que el sustento se hubiese de redondear con ingresos “paralelos”. En los bloques de población más heterogénea, no obstante, las

mujeres lograban una bolsa de la compra más amplia y algún vestido extra mediante el trabajo doméstico y el oscuro ejercicio de la prostitución.

El barrio limitaba al norte con “el parque”, en su origen un pinar; al sur con el cuartel militar de automovilismo; al oeste con la carretera de Andalucía y al este con las vías del tren a Aranjuez.

Mientras hubo trabajo las viviendas estuvieron ocupadas por un éxodo humilde y agradecido. Luego, a medida que las empresas recogían sus beneficios y cerraban sus puertas, debido a que el capital habitaba ya una fase diferente, la competitividad, el dinero huía a fondos especulativos más beneficiosos, como los bonos inmobiliarios y los bancarios.

La sangre de aquellos obreros del barrio surtió de plasma los planes de los gobierno de los años 60, y a medida que se acercaban a la jubilación pudieron adquirir las viviendas que habían alquilado durante la mayor parte de su vida laboral. La compra se componía de préstamos a un 16% de interés, con la consiguiente dinamización de la banca. Los viejos falangistas del régimen dieron paso a los tecnócratas del Opus Dei, y estos, a medida que se debilitaba la dictadura, soltaban poco a poco el poder político agarrándose con firmeza al económico.

Las calles se poblaron de siglas y de adoctrinamiento político, con mucha fuerza, de ideología sobre todo marxista-leninista y maoísta. Las asociaciones de vecinos fueron tomando auge, y cada protesta tenía un eco general, ya que en cuanto en el barrio surgían problemas locales se acababa cortando la carretera nacional, hasta que llegaban los “grises” y disolvían a los airados. Pero las reivindicaciones se fueron reduciendo

conforme el poder político se transformaba en izquierda obsecuente pegada al poder, un espectáculo sin épicas. Los jóvenes que poblaron el espectro rebelde pujante acabaron en la cárcel o bien domesticados por una izquierda más católica y legalista.

El desencanto cundió, y el dogma político que permitió la nueva ventilación se debilitó. Las personas que habían tomado posiciones de vanguardia, docilitaron sus reivindicaciones a cambio de un lugar a la sombra del bien y la paz social. Cediendo a la búsqueda de otra realidad aparte, muchos cayeron en el consumo sin precedentes de una droga devastadora y huidiza, el caballo. Las calles se llenaron de jeringuillas y de un tiempo diferente, el del camello, que gobernaba la dependencia y la ansiedad del día.

Jamás pudo el barrio escapar de esos límites físicos. Tampoco de los psíquicos: tenía conexiones electrodinámicas con otros lugares más desgraciados de Madrid. Cuando la policía decidía dismantelar ciertos mercados de la droga ubicados en territorios sórdidos, pero muy tentadores para la especulación, toda esa mercancía y chusma remitía por vasos capilares hacía el debilitado hígado barrial.

Cosas no hegemónicas

Había pocos lugares que hicieran justicia a lo que había sucedido en una época en que la familia ya no podía imponer los viejos preceptos sin alterar su esencia. No se podía entender lo que había sucedido en la brecha entre un tiempo de orden oscuro y otro crápula y noctámbulo. El cornetín de órdenes se había quedado afónico y lleno de abolladuras.

Con la debilidad del régimen dictatorial, desembarcaron en el barrio todo tipo de siglas políticas. Una de ellas había logrado tener una presencia privilegiada exponiéndose en mitad de la plaza donde giraban las *Adevas* (autobuses urbanos). En una medianería, a la altura del segundo piso, plasmaron una pintada con sus siglas: ORT (Organización Revolucionaria de Trabajadores), eran maoístas, y su logotipo, la hoz y el martillo coronados por una estrella de 5 puntas.

Cerca, justo al lado del bar Vietnam, había otra pintada “No te fíes ni de Dios, Franco está en el cielo”, firmada por un grupo de siglas enigmáticas: MMS(R). Estas siglas, que a veces aparecían solitarias, sin señalar muy bien qué querían reivin-

dicar, habían tomado varias estaciones de metro de la línea 3, la amarilla. Mucho más tarde me enteré de su significado: “movimiento mandangoso sancristobaleño (sector reconstituido)”, eran ateístas (por la gracia de Dios). Vivían en San Cristóbal de los Ángeles.

El barrio, una zona lacustre, se iba desecando conforme lo ganaba el asfalto. En sus sedimentos se ocultaban esqueletos de animales y aperos de labranza atrapados en el silencio del limo. El sustrato arenisco hacía que los edificios se escoraran hacia las pendientes, ya que los pequeños cimientos no soportaban el peso de las cinco alturas sin ascensor que permitía la ley de la época.

Cuando todo se calmó y la “pintada” comunista fue borrada, los dos portales de las viviendas marcadas se empezaron a hundir, como si su único sostén hubiese sido esa pintura roja. La otra, la del bar Vietnam, siguió la misma suerte, pero el bar, por el contrario, sobrevivió, impertérrito, sirviendo tapas de zarajos, boquerones en vinagre, patatas bravas, botellines y vino de garrafón...

La comunidad

El odio apunta al ser ^{III}

El barrio progresaba hacia un lugar indeterminado. Construido en una época en la que los vecinos eran todos compañeros de trabajo, mas de tanto verse durante la jornada laboral y en las horas del paseo, no acababan de caerse bien entre ellos. Cada cual tenía su ley y comulgaba poco con la del vecino. Los bloques de viviendas fueron envejeciendo en la medida en que sus habitantes también lo hacían, cambiando igualmente el modo de aislarse en las celdas de un enjambre estúpido.

Yo, mi perrito, mi familia, mi copita, y a lo demás que le den por culo. Le decía un vecino a otro en un bar.

De 48 que éramos ya sólo quedamos 20, nadie trabaja codo con codo como antes, —el trabajo ha olvidado a muchos en la sequedad calculada de la jubilación— sino en lugares dispersos, algunos se quedan en casa todo el día y el odio ha cambiado su dirección, ya no habita en la madrugada. Las 28 viviendas restantes han sido ocupadas por pieles oscuras, lenguas raras y gitanos.

El presidente de la comunidad siempre había ido casa por casa a cobrar los recibos a primeros de mes, pero ese año, había esquivado el 4º izquierda, vendido por los antiguos vecinos a una familia de dominicanos. La deuda de estos se iba acumulando, y al final del año ascendía a la no despreciable cantidad de 850 euros. Cuando el presidente siguiente asumió la caja recibe estos argumentos: “Yo, a ese negro no le cobro, es mala persona”.

- *Ya, pero debe 850 euros*
- *Yo no le cobro*

El nuevo presidente, pese a todo, acaba subiendo a hablar con él y le comunica su deuda. El dominicano se enoja. Nadie le había dicho que tenía que pagar todos los meses una cantidad de dinero para espacios comunes. Se calienta cada vez más. Días más tarde pasa junto al piso del anterior presidente y da un golpe a la llave de la luz con toda la ira acumulada. El presidente cesante lo observa por la mirilla, distingue la mancha oscura que está clavada en su certeza, y murmura tras la puerta: “Ya sabía yo que era un mal hombre”.

A veces negro, a veces oscuro...

Serpientes en cualquier ciudad

La urbe se comporta como una gran serpiente que traga, digiere y expulsa a todo aquél que, descuidado, cae en su vientre. El mercado es atroz; lo que carece de brillo es prontamente evacuado por el sumidero, rebozado en la misma mierda.

Todo tiene su comercio, hasta en las más oscuras ciénagas. Y, sin embargo, lo único que conmueve pertenece a ese resto; no un resto cualquiera, sino ese resto capaz de recoger una historia olvidada, inacabada y mate, y luego vuelta narración. “Porque sueño no soy (ése)” ¿Por qué la verdad tiene estructura de ficción? Posiblemente no podamos decir nada del orden de la verdad si no hay un sujeto que habite algo de la ausencia; no un yo que abrace la realidad, sino alguien que la transforme con respecto a su fantasma, a su temblor, perdido entre el objeto elegido y la nostalgia del origen inventado.

“L’avalée des avalés” (La ingesta de los engullidos).

(...)

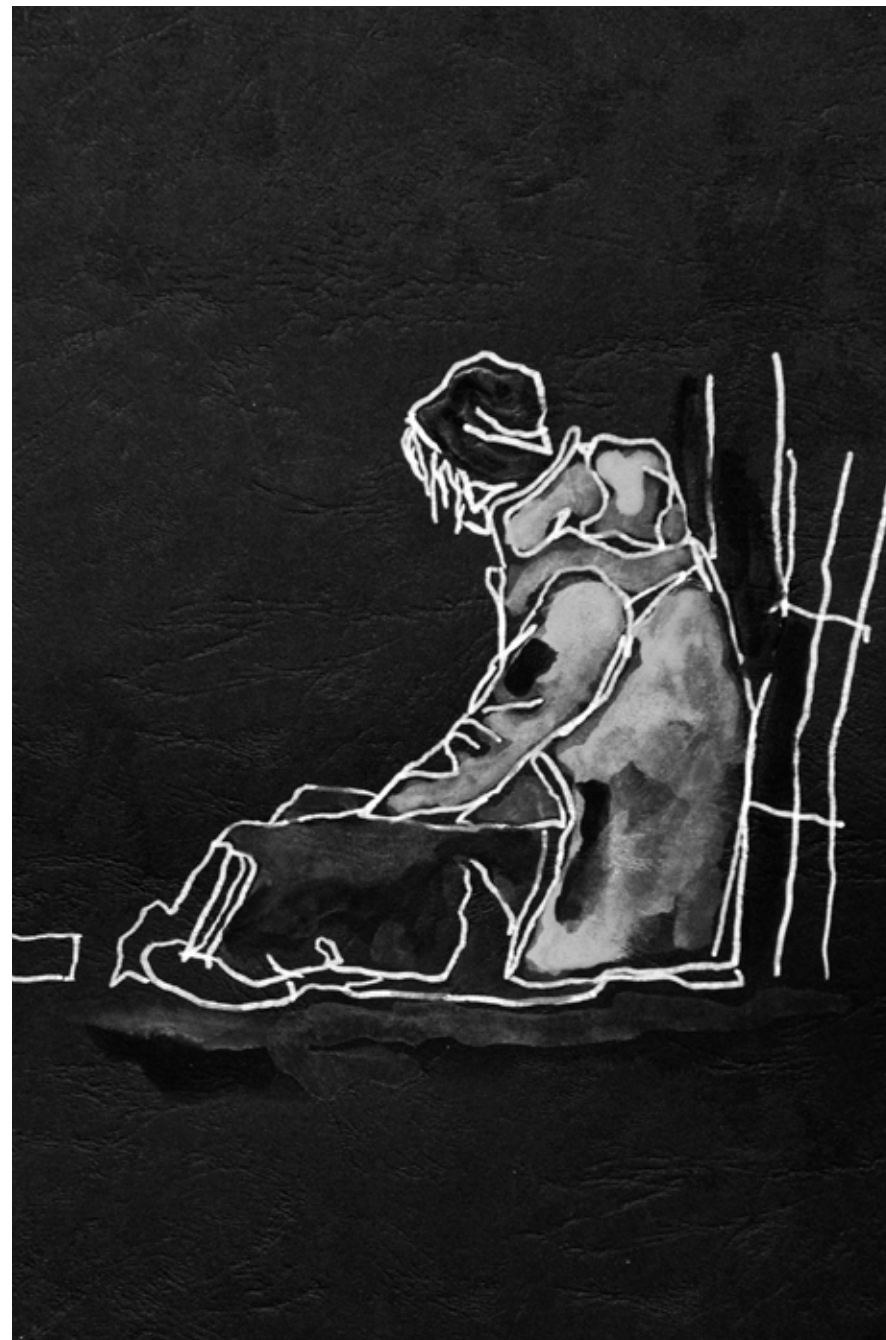
Un muchacho leía y leía el mismo libro en un suburbio cualquiera de Montreal. En el libro que lee una vez tras otra, su autor esconde su identidad; troca su apellido francés por otro italiano, dándose, de modo apenas si perceptible, una nueva procedencia, un nuevo origen.

Los barrios son como espacios territoriales a salvo de la ley. Sus pobladores, ya de por sí restos del sistema, una cagada de Dios. Pero la definición más injusta del hombre es la metáfora orgánica. Lo más desesperanzador, y que anula toda escapatoria, es nombrar a una persona como un tubo digestivo, con un input y un output, o con las formas caprichosas de su cuerpo, sin relación alguna con el Otro sin cálculo. Esto sirve para signar una supuesta superioridad racial; de linaje o color epidérmico.

(...)

El domador de poemas, un personaje que iba recogiendo los escritos que Léolo^{IV} (niño encajado en una humilde y mísera familia) arrojaba por la ventana; al esparcirse por las calles, transformaban un único libro, en múltiples lecturas que inventaban otros nombres propios, borrando el olor del inhóspito y lóbrego hogar.

Fuera de la ley, la única ley es el miedo, el único refugio es la protección. Tu cuidador es eso que temes. El macarra siempre amenaza con su ley, la del más fuerte, su única razón de ser es el miedo que provoca en el otro. Pero, en ese clima todas las defensas parecen solamente esqueletos frágiles. En medio de eso una frase, que da cuenta de la poca protección del “hermano mayor”, entrenando sus músculos para asustar a lo que más temían: *Todo el miedo del mundo no se puede ocultar en una montaña de músculos, ni si quiera en el mayor de los ejércitos.*



De judíos sin dinero

... Corría la leyenda de que Luís había tenido un padre muy violento. A los 14 años, Luís lo sorprendió tratando de pegar a su madre. Luis lo tiró por la ventana y por poco lo mata. El chico fue enviado a un reformatorio.

Allí, el Estado lo reformó, enseñándole a ser criminal a la par que le arrebató un ojo.^v

¿Hay algún bandido tan cruel y con menos corazón que el Estado?

No. Uno de los guardianes flageló a Luis con su cinturón de cuero durante una hora. El muchacho había faltado a una de las “reglas”. La hebilla le reventó un ojo. Luis daba alaridos de dolor. Pero el verdugo legal, hecho un basilisco, no cesó en “el castigo”.

El chico se pasó toda la noche llorando y sangrando en su celda. Tenía 14 años. Por la mañana estaba tranquilo. Un “doctor” cruel y legal le sacó la inútil pulpa del ojo. Desde entonces a Luis se le conocía por el Tuerto.

El ojo que le quedaba se volvió más grande y más feroz. Era negro, y de él brotaba odio, lujuria, desprecio y desconfianza, como de una linterna mortal, para envenenar el mundo...

Capítulo 18

Diario de un crimen (Buenos Aires)

Hora pálida, un descapotable, del que no se distingue la marca, cruza la avenida. Los dos ocupantes, torneados por el sol, se detienen en un semáforo. Una motocicleta llega por detrás y frena a su costado. Uno de los chicos de la motocicleta saca un *fierro* y apunta a la cabeza del conductor, le pide su cartera y su reloj –rolex, por cierto–. Después le dispara y sale huyendo en la moto. Es detenido más tarde por la policía.

El testimonio del asaltante:

- *Yo no le quería matar, sólo quería el dinero y las joyas*
- *¿Por qué lo mataste?*
- *Le pedí el reloj y la cartera y arranqué la moto*

*me dijo: “ya tenés lo que querés, ipirate! ...”
volví y le dije te puedo quitar algo más.*

El gabinete de Popa

¿Por qué no se separan? –Repetía en su cabeza–.

Popa había conseguido apartarla de sus hijos, sólo le interesaba ella, no eran cosa suya los productos o los accidentes surgidos de una relación que podía sostenerse perfectamente en un mundo sin nadie.

Los negocios de Popa consistían en arrendar tierras e ir comprando otras nuevas, así como en aprovechar ciertas oportunidades demasiado aviesas.

Los ciclos económicos de la agricultura son largos. En uno de esos periodos, el arrendatario había gastado mucho dinero en cuidar la cosecha para sacarla adelante. Habló con Popa y le pidió permiso para retrasar el pago del arriendo. Ningún problema. Popa era un hombre de palabra, por más que desconfiado. Cuando aquel tuvo la cosecha recogida, se encontró con una notificación del juzgado que obligaba a requisarla. Popa lo había denunciado por impago. Quiso hablar con Popa y pedirle explicaciones. Este le comentó que no iba a arriesgarse si no le pagaba tras la recolecta. Él le repitió que pagaría con-

forme a lo pactado. Sólo quedaba retirar la denuncia, a lo cual Popa se opuso: *eso no lo puedo hacer*. Sin piedad. Aritz asistió asombrado a la conversación entre padre y su inquilino. Éste lloraba desesperado.

No todos sus negocios eran prósperos. Un realismo mágico peculiar acudió alguna vez a transformar la dura realidad en ensueño. A Popa lo estafaron. Le habían vendido unas tierras salobres haciéndolas pasar por tierras de cultivo. Allí no crecía nada, era un pico de arena sin apenas vegetación, con una especie de cueva muy cerca del mar. No sabía qué hacer con esa tierra. Durante un tiempo se dedicó a achicar agua de las entrañas de la cueva, hasta que se topó con un montón de cajas de madera que contenían botellas de whisky, seguramente provenientes de un navío naufragado. Eran botellas tapadas con corcho y perfectamente lacradas.

Entonces, montó un bar, situado, con rara suerte, en mitad de una ruta de la armada británica. Se le ocurrió poner esas botellas a la venta, y los marinos ingleses quisieron comprárselas todas de una vez. Tras un momento de vacilación, decidió vender exclusivamente chupitos. Levantó un negocio de la nada con esas botellas sin etiqueta.

Popa hacía gala de ese orden austero, alardeaba de pagar poco y sacar mucho, esa era su habilidad, todo volvía a sus manos acrecentado. Nunca fue conmisericordioso con los hijos, a los que les propinaba palizas frecuentes sin freno alguno, vivía en ese equilibrio entre el odio y la orden tozuda.

En el lecho de muerte Popa habló a sus hijos, confiando más en su historia muda que en lo que podía pasar tras su desaparición:

- *Miro mi vida y pienso, ¡qué buena vida he llevado!, y miro la suya, ¡qué vida de mierda!*

La trastienda de Popa

En esa tierra inhóspita que habitaban, Aritz, uno de los hijos de Popa, había conseguido interceptar con su tabla de galena las ondas de radio Moscú; voces extrañas mezcladas con sonidos de un folklore gélido suponían una compañía invisible en las amplias llanuras mesetarias. Por lo demás, tuvo una infancia muda, solamente su abuela le hablaba para contarle de los bailes de las espigas en los campos y de cómo atraer la música al silencio. De haberlo conocido podría haber comparado las imágenes que le proporcionaba su abuela con el realismo mágico de Chagall, donde los personajes flotan entre los austeros vientos de la soledad rural. Su rostro se acopla sin raíces a cualquier cultura conjugada desde el pretérito anterior.

Un día Aritz quemó el granero familiar mientras jugaba. Encendió una llama en medio de esa pasión fría y distante que sólo permite la acumulación y el cofre avaro. Llegaron los bomberos y lo apagaron. También se acercó la policía a interesarse por el pirómano. La madre lo señala con una mirada gélida.

Llévenselo, llévenselo –clama ante los agentes.

¡No, no, no! –grita el niño desesperado. El gesto materno de goce imperturbable delatándolo le queda grabado en el alma como un frío iceberg.

Se le tatuó en su piel el temblor de la delación.

Desde ese día, ante el espejo se sintió diferente, la imagen le devolvía una presencia ausente, como si no tuviera que ver con el fiel reflejo de lo mismo. Ese hecho le supuso una metamorfosis, asistía a las conversaciones apenas sin ser percibido, como si no estuviese en el corazón de nadie.

Aritz, pasó su juventud al lado de un tío suyo que le hizo apasionarse por la lectura. Se salvó del desastre por el amor de ese tío, que se movía con una dignidad admirable en las encrucijadas laborales. Una vez le quisieron subir el sueldo si delataba a sus compañeros. Él respondió que se sentía bien con su salario. Lo despidieron, pero después de aquello los amigos hasta le confiaron la venta de sus propiedades, con lo que pudo vivir con más holgura que antes.

Aritz desarrolló una suerte de práctica híbrida entre lo analítico y lo político más un soplo de vida espectral que le habían generado una conciencia sin concesiones a la inhibición. Había aprendido a leer en el agua, a través de esas letras que se leen un instante, y más tarde dibujan una literatura diferente, nuevos libros del mismo libro, letras que hacen otras mezclas con textos distantes entre sí, libros compuestos de ideogramas y sintaxis aliteradas.

segunda parte

El amor y la clase lo siniestro

Capítulo 21

Eros postergado

El mito dice que Eros es hijo de Poros (oportunidad) y Penía (pobreza). Poros es invitado a una fiesta, y en medio de la ebriedad reinante, aprovecha la oportunidad y se retira con ella a un rincón oculto del jardín. Allí copulan:

“... sólo la miseria puede concebir el amor y la idea de hacerse embarazarse en una noche de fiesta. Y, en efecto, dar lo que se tiene, es la fiesta, no es el amor”

El odio al pobre, repetido en los noticiarios por la cantidad de agresiones que sufren los indigentes, es nombrado como aporofobia. Para acuñarlo se ha escogido la segunda parte de la dupla (la oportunidad). Los mitos siempre confunden el sentido lógico de las cosas.

Según Lacan, el amor es dar lo que no se tiene a alguien que no es.

¿Es posible el amor para el rico?

Dicen que el rico sueña con que lo amen por lo que es y lo reconozcan por lo que tiene. A medida que el neoliberalismo se impone y la economía se eleva, no ya como ciencia hegemónica, sino como ciencia-amo, lo que está en entredicho es el desconocimiento del amor, bajo riesgo de quedar oculto en sedimentos más propios de la arqueología que de la renovación:

De ahí que para el rico amar, requiere siempre rehusar... Los ricos, no están más cómodos. Este fracaso del rico está en todos lados. No es simplemente el rasgo de la avaricia, a pesar de lo que se piense al respecto.^{VI}

Cuando hay abundancia se necesita dar brillo a las mazmorras doradas, precisamente para dar valor a los nuevos fetiches colectivos. La fiesta se ha acabado para los dirigentes mundiales. El trabajo es ropa vieja en un armario sin ventilación: “Proletarios del mundo, dejadlo ya”¹.

... los ricos no tienen buena crítica. Nosotros los progresistas, no los queremos mucho. Desconfiemos. Quizás este odio por el rico simplemente participa, a través de una vía secreta, de una rebelión contra el amor. Dicho de otra manera, de una negación de las virtudes de la pobreza.^{VII}

¹ “Manifiesto contra el trabajo”. Grupo Krisis

Capítulo 22

Adentro distópico

E.F. comenzó a trabajar a edad muy temprana, su padre le había transmitido que lo importante era aprender un oficio. A la edad de quince años ya entraba a la imprenta a las siete de la mañana. Trabajaba en una rotativa y soportaba los ciento diez decibelios de la trepadora aislándose con unos auriculares que le dejaban un eco lejano del ambiente. Durante las ocho horas de aislamiento laboral leía para matar el tiempo.

Desde su infancia, el insulto se había clavado en el juego, en el barrio y en el patio del colegio. A pesar de haber dado el salto de aquel arrabal de miseria al centro y de trabajar toda su vida en el distrito de Salamanca, en Madrid. Cuando escuchaba un lenguaje demasiado engolado, sin sabor a tierra, lo que más echaba de menos era esa denigración del origen, la vuelta a no ser nada.

(...)

Los fines de semana casi siempre quedaba con un amigo en

un bar para ver combates de boxeo, que se televisaban a las doce de la noche. A veces, mientras iba a pedir la bebida, ya había acabado el combate. Tyson era un feroz asesino con sus puños.

Era difícil ver un combate de Mike Tyson, casi siempre llegabas tarde. Hasta que ganó el título mundial todas sus peleas se contaban por KO en el primer o el segundo asalto. El 11 de enero de 1986 se enfrentó a Dave Jaco.

Pero, por una vez a E.F., después de muchas resistencias, su novia le había convencido de ir a Sierra Nevada con sus primas. De viaje en el coche vio el combate en un televisor portátil que le habían proporcionado, la señal se fue en una curva en el momento del KO. Jaco perdió en el primer asalto.

(...)

La relación con Vlys, así se llamaba su pareja, duró dos años, con un embarazo de por medio. En aquel viaje a la sierra granadina aprendió a mantenerse erguido sobre los esquís y a odiar el frío y la turbamulta que se juntaba en esos parajes nevados, y a no saber si romper con Vlys o seguir follando. En su maleta, junto a su triste ropa deportiva: un chándal, un viejo chubasquero y un gordo jersey de lana, llevaba un único libro: “La máquina de follar” de Charles Bukovsky, que no pudo leer.

Le excitaba mucho la relación con esa mujer que provenía del más rancio abolengo. No ponían ningún cuidado en los momentos en que les asaltaba el morbo. Era la primera vez que se había dado cuenta de la extraña excitación que produce el maltrato.

Después del aborto nunca pudo volver a hablar con ella, sin saber si hubo amor, olvido o guerra sorda.

El mismo diablo

Cinco años antes de la depresión del 1929, las cosas estaban así en las voces planetarias. Skip James había sido invitado a New York para grabar un disco con 13 canciones, por lo que recibió la nada despreciable suma de ciento trece dólares. Tomó el tren y se plantó en el estudio. Grabó el disco y volvió a su casa.

Skip James estaba casado con Oscella Robinson, hija de un predicador de buena familia. La pareja vivía en Texas. Skip quería montar un local para actuar, pero al poco tiempo Oscella lo abandona por uno de los músicos que tocaban con él. Skip se queda desolado.

‘**Devil got my woman**’ la compuso unos meses antes de que el matrimonio se rompiera. ¿Premonición? El espejo devolvía a James la sombra de su alma.

Se marchó a Bentonía de nuevo y se planteó el suicidio o en su lugar una venganza. El dolor le volvió algo misógino, hasta 20 años después no se casó de nuevo. Del blues al gospel, no qui-

so saber nada más del escenario. Había estallado la crisis del 29, y la cosa no estaba para bar, ni amores. Cambió la guitarra por el piano; la decadencia por el espiritual. Ocultó su voz y la escondió en el coro. Dicen los expertos que es muy difícil cantar bien los dos ritmos. Skip lo hacía, planteando una excepción en la historia de la música. Sus seguidores más fervientes esperaron mucho tiempo hasta su reaparición, después de que el flujo huidizo del crash degenerara en guerra mundial, pese a teorías que aportaban otras explicaciones poco veraces^{VIII}.

Skip James reapareció mucho más tarde en un festival, y sin decir palabra comenzó a tocar:

The Devil Got My Woman

Skip James

Well, I'd rather be the devil
Than be that woman's man
Yes, I'd rather be the devil
Than be that woman's man
Oh nothin' but the devil
Changed my baby's mind
It was nothin' but the devil
Changed my baby's mind

Well, I laid down last night
Get my night's a--rest
Yes, I laid down last night
To get my night's a--rest
Well my mind got to rambling
Like a wild geese in the west

El diablo se llevó a mi mujer

Skip James

Bueno, antes preferiría ser el
Diablo
que ser el hombre de esa mujer
Sí, preferiría ser el Diablo
que ser el hombre de esa mujer
Oh, sólo pudo ser el Diablo
el que hizo cambiar de opinión a
mi amada
Sólo pudo ser el Diablo
el que hizo cambiar de opinión a
mi niña

Bueno, me acosté anoche
para tener mi descanso nocturno
sí, me acosté anoche
para tener mi descanso nocturno
y mi cabeza se fue de paseo
como un ganso salvaje del oeste

The woman that I love
Took her from my best friend
Yes, the woman that I love
Took her from my best friend
Don't you know he got lucky
Stole her back, again
Don't you know he got lucky
Stole her back, again

Well, I'd rather be the devil
Than be that woman's man
Yes, I'd rather be the devil
Than be that woman's man

La mujer a la que quiero
se la quité a mi mejor amigo
Sí, la mujer a la que quiero
se la quité a mi mejor amigo
no sabías que él tuvo suerte
la robó de vuelta, otra vez
no sabías que él tuvo suerte
la robó de vuelta, otra vez

Bueno, antes preferiría ser el
Diablo
que ser el hombre de esa mujer
Sí, preferiría ser el Diablo
que ser el hombre de esa mujer



Capítulo 24

Luz, más luz

Hay tumbas que no lucen epitafio, tumbas de uso inmediato en las cuales compartimos un espacio común, breve, sin ninguna solución mayúscula que las distinga.

La gente se agolpaba en el hall del hospital. De los tres ascensores que subían a las plantas, uno de ellos, el central, se encontraba averiado; los otros dos subían o bajaban al completo, las puertas se abrían, se cerraban y enseguida retomaban su recorrido inalterable. Cundía la desesperación entre los que aguardaban. De repente, uno de los dos ascensores en uso, se detuvo, y los más impacientes se precipitaron sobre él. La puerta del ascensor se abría y se cerraba repetidamente ante el exceso de peso, pero nadie hacía por apearse. Recomidos por la prisa, los que habían tenido la suerte de entrar no querían salir, aunque eso no les servía para llegar a ningún destino, solamente se habían convertido en la clase que poseía un ascensor. Las pieles cambiaban, se habían arrugado un poco más que antes y mostraban un matiz cerúleo. Súbitamente se quedaron sin ojos que los miraran, solamente así decidieron

que ese lujo no tenía ningún valor y se apearon de él con menos ganas de vivir...

Capítulo 25

En ambiente laboral

“A diario la banalidad vuelve más llevadera la vida”
(Epitafio de un payaso)

Las cosas a veces funcionan automáticamente: tomar el metro, ir al trabajo, los washapps, las pantallas con juegos que dominan el tiempo, el coltán transformado en láminas de uso muy privado, la repetición mecánica de las labores, y el aburrimiento. A veces, cuando los mismos movimientos se vuelven frecuentes y perennes, se habla y se cuentan cosas a la vez que se ejecuta la rutina diaria. La mayoría de las conversaciones son latas y sin apenas sustancia, en vez de ir a la esencia, se cuenta todo para llenar el agujero del silencio:

- Y le dije
- Y me dijo
- Y a su vez le dije yo
- Y me respondió
- Y yo no me callé, porque tú ya me conoces a mí, a sincera no me gana nadie...

¿Por qué no te callas? (Juan Carlos I dixit)

segunda parte

La vida olvidada

No todo es para meterlo en un libro¹

“Le gustaba el frío, la nieve, la luna hablando con las nubes y ese rosa–lila que aparece cuando el sol se va para que los ojos olviden durante un tiempo el color del día.”

Una de las conexiones más interesantes que aparecen en el campo pulsional es la relación entre la envidia y la mirada (in videre). Apenas sentir la realidad en pedazos diseminados, los niños entran en un mundo lleno de palabras incompresibles, sólo el juego y el placer devuelven un orden particular parecido al lenguaje que los acoge. Cuando se fija la mirada y comienzan a constituirse los primeros balbuceos sólo unos pocos lo entienden para darle algún sentido y reír con los errores que, en secreto, marcan nuevos sentidos.

En ese primer momento en el que apenas se ha aprendido a emitir palabras, la boca sólo tiene una función, poseer. No preparada aún para la segunda, hablar.

Los abuelos procuraban regalarles a las dos primas juguetes

¹ Julieta Dorst Gómez. 10 años

prácticamente iguales. Si a una le daban una muñeca, a la otra la misma. Pretensión imposible, las muñecas nunca son iguales. Siempre habrá algo que las diferencie, un gesto, un detalle insignificante, en el ribete de los vestidos, en el color de los zapatos. Y, sobre todo, algo fundamental: la muñeca que más gusta es la que posee el otro, las dos se peleaban con el ojo envenenado.

A los ojos de los mayores, cuando las palabras han ganado su orden lógico, las sutilezas desaparecen. Ellos ya han construido un principio de identidad con la falacia de que un hombre es igual a otro hombre.

Capítulo 27

Banderas a mors

No obstante, y pese a lo asegurado por el Portavoz del Gobierno, hasta esta Redacción han llegado rumores que aseguran que en el día de hoy el mencionado monumento ha vuelto a aparecer cubierto por sintomáticas muestras de detritus. Lo cual no hace sino alimentar las sospechas acerca de una conspiración perfectamente organizada y en la que, sin duda, andarían involucradas un número todavía sin cuantificar de gaviotas desafectas.

El Gobierno asegura, pese a todo, tener la situación controlada.¹

Se había optado por una táctica austera, a causa de la presión de los lobbies financieros. Una especie de tancredismo con los grandes problemas sociales y una colonización de la justicia en los casos acuciantes de corrupción que salpicaban al Partido del Poder. Casi ningún proceso abierto contra él terminaba sancionándose. Bien porque se había provisto de cortafuegos que posibilitaban traslados de jueces incómodos en el momento de la resolución o porque los testigos morían accidentalmente. La inmovilidad ante asuntos importantes

¹ “Relatos sin asunto” Cap. Teoría de la conspiración. Mariano de Hossorno

hacía crecer partidos opositores a su política, pero se había dotado de un aparato incómodo para cualquiera, las inspecciones de hacienda que, bajo el paraguas de la transparencia, dejaban aparecer indicios de corrupción amenazantes en la misma oposición, esto producía una especie de *omertá* general. El Gobierno fue conquistando medios de comunicación y su aparato de censura involucionaba lo social con un salto al futuro anterior, dejando sin presupuestos leyes de memoria aprobadas por su inmediato antecesor, y privatizando servicios públicos mediante derivación de la sanidad pública a la privada. Las listas de espera aumentaban en aquella mientras se reducían en la privada.

(...)

El consultorio de la seguridad social estaba lleno de ancianos a la espera de la dosis de sintrom o la cura de las heridas producto de la inmovilidad de la edad. Solamente los que podían caminar acudían a los ambulatorios, el resto esperaba y esperaba los cuidados a domicilio. A estos ancianos no les importaba atenderse en la sanidad privada si resultaba más rápida. La atención, sospechosamente gratuita en ambas. Las facturas se pagaban con fondos públicos, el gran negocio de la sanidad había comenzado.

Sin embargo, entre ellos las conversaciones giraban alrededor de la preocupación por la división del territorio nacional, de golpe habían vuelto a un lugar en la memoria 80 años atrás. El médico ingenuo replicaba:

- ¿usted cree que el problema de la independencia de ese territorio llegará aquí?
- *Mmm... ojalá no.*

Los balcones se fueron cubriendo de banderas con los colores monárquicos, que anteriormente no eran tan plurales, pues esa misma bandera había sido instrumentalizada por la dictadura del pollo cruel.

El gobierno había conseguido unir un país por el odio, y ese odio se había introducido en el RH. Los otros, los de la bandera de barras, soñarán con Piolín.



Capítulo 28

La estirpe

En un país gótico, barroco y solemne, más que renacentista, los cronistas no se ponen de acuerdo en el aglutinador de la pasión vacía, la densidad de la sangre para hacer la morcilla que repite por las noches (al igual que la historia).

El narcisismo de sus habitantes es un coctel de apellidos, procedencia, posesiones y títulos. No se ha abandonado aún el privilegio dimanativo de un orden godo, donde los apellidos van adosados al mérito hacia la corona y las batallas, muy preteritas, mediante un orden punitivo y excluyente. Si no se ha conseguido sumar títulos a la estirpe, el interior se va rellenando con una especie de solipsismo vacío que casa muy bien con el sujeto aislado del cartesianismo ibérico: “Me apellido, luego existo”. Si ese apellido es de honda raíz cristiana.

Fue el Cardenal Cisneros quien organizó este compartimento interior, precisamente para separar el origen moral: los católicos practicantes eran “hijos de” o “descendientes de” y el resto, oriundos del lugar o del oficio (muy matizado por la

honradez y la sospecha). A muy pocos se les ha dejado crecer por su laboriosidad o constancia con los elementos del mercado abierto.

Los de mejor apellido siguen exhibiéndolo en las manifestaciones populares y en el culto antiguo, pero con la sospecha de que su riqueza sirve de muy poco para el resto.

Los compartimentos interiores están hechos de un material en el que se escuchan poco las voces del vecino. La compasión pone el acercamiento y la distancia para no sentir que se está demasiado sólo.

Esto matiza un orden general en el que se cree demasiado en la persona y poco en lo que dice, la herida está abierta de antemano. Cuando las conversaciones suben de tono comienzan a confrontarse creencias, modos íntimos de goce que elevan el discurso a una especie de falso finalismo. Las verdades son violentas y de poco consenso. El último resguardo es la familia, la procedencia, no la amistad hecha en el camino, ni el compañerismo, fuertemente reprimido en la etapa franquista. Se cree a pies juntillas, aunque todo sea absurdo, o precisamente por eso. Todo eso dota de una pasión fuerte: la ignorancia.

No deja de ser curioso que el arrianismo, siendo más acorde con la ocupación territorial de una época, haya quedado orillado por el misterio trinitario de las tres personas en una sola. Aquello que nadie entiende se impuso con violencia, culpa y la admiración por el martirio, el cilicio y la disciplina. Se prefiere mil veces la orden al debate. El odio se enquistó sin ninguna solución temporal. El odio representa el ser opuesto al vecino invisible. (No hay que fiarse, esto es íntimo y general)

La sombra de su alma

Sin música adyacente. *Pepe Regadas* había ido ascendiendo en un banco de Lugo desde lo más bajo hasta el puesto de director. Había manejado los ahorros y las inversiones de toda una parte de la ciudad con buen tino. Paseaba su gesto grave y su vozarrón por las tardes cerca de la muralla de Lugo sumergiéndose en el aroma de los magnolios y la mercancía de los comercios de ultramarinos.

A medida que se acercaba su jubilación, alcanzó a comprarse un piso en Pontedeume, un pueblo pegado a la ría. Muy cerca de la torre del conde de Andrade, quien había amasado su fortuna a base de ganarse los favores del rey, obsesionado por ver desnuda a la reina, en su defecto se conformaba con mirar a mujeres de lupanares oscuros, a donde lo acompañaba el conde.

Ría y huerta, ría y huerta. Pepe pasaba las largas horas de la jubilación entre la huerta y un paseo vespertino por la ría, y una caña en los portalones del casco antiguo, acompañado de su mujer.

La huerta era una especie de rectángulo de medio ferrado mordido al monte. Se entraba por un portalón grande de madera, cerrado con una llave hueca de hierro. Plantó berzas, cachelos y alguna tomatera. Tenía unas gallinas y dos perros a los que dejaba ladrar en su propia lengua, sin ningún retén. Construyó algunos panales de abejas que libaban en flores de brezo y toxo, dando una miel oscura y de sabor duro. Él seguía cuidándolas a pelo, sin protecciones. En algún momento le picaron un par de ellas, pero no le dio importancia, hasta que, una vez, le picaron veintiuna. Lo llevaron al hospital y estuvo ingresado un tiempo, mientras le bajaban la inflamación a base de cortisona. La siguiente vez que le volvieron a picar, fue como si le hubiesen acumulado todas las picaduras anteriores: la lengua se le pegó al paladar y los ojos casi fuera de sus órbitas. De nuevo al hospital, con una seria advertencia, una picadura más y podía morir. Vendió los panales y poco a poco empezó a abandonar la huerta, refugiándose en su vieja biblioteca, que había compuesto a base de obras clásicas ordenadas alfabéticamente, leídas también de esa manera, sin apelar a ningún mito ni leyenda, y tampoco a ninguna línea de investigación, a Balzac le seguía Borges, y a Borges las hermanas Brönte.

La casa era lóbrega y la mayoría de las habitaciones daban al oscuro monte, solamente por la ventana de la cocina entraba un rayo de sol, aunque la cocina la ocupaba en raras ocasiones: era hombre de poco yantar. A lo largo del pasillo lucían los cuadros que había ido acopiando durante muchos años, entre los cuales sobresalían algunos “colmeiros” de escenas costumbristas y grabados de Pontedeume, imágenes de la iglesia de piedra, y algún que otro retrato de Monón, el padre de su mujer, fabricante de instrumentos musicales gallegos y que toda su vida estuvo asistido por dos mujeres a causa de

su neurosis de contacto, la cual le impedía tocar lo que otros hubiesen tocado con anterioridad; los pomos de las puertas le provocaban un desmedido asco, impresionado porque fuese a impregnarse de la suciedad imaginaria que acumulaban. Una especie de temor compulsivo a la muerte.

Su gabinete de aficionado se completaba con cuadros de su nieta.

El interés por el arte lo marcaba su colección de Skyras, detenida en el noucentismo catalán y en el impresionismo. El gusto por los libros llegaba hasta la encuadernación, casi todos lo estaban en piel y marcados en los lomos a fuego y pan de oro para que el aspecto de la biblioteca fuera uniforme y austero.

(...)

Yo sabía que sus paseos eran muy precisos, a las 10 y media de la mañana emprendía camino a la ría y después paraba a tomar una caña y alguna nécora en el “Zas”. Me lo crucé a medio camino en los soportales, antes de entrar en la ría. Me abrazó cuando me vio con un efusivo: ¿cómo estás neno? La conversación giró alrededor de los perros, las razas diferentes que había tenido a lo largo de su vida, siempre perros grandes que eran los que servían para asustar y, como estaban mucho tiempo solos en la huerta, al final se volvían fieros y alguna vez hubo que le mordieron también a él. Pero no le asustaban esas mordeduras, y se refería a las de los galgos, como los más temibles, ya que mordían rápido; soltaban y volvían a agarrar más atrás. Decía que la única manera de zafarse de la mordida de un galgo, era metiendo la mano hasta el fondo, algo muy difícil, añadía, pues el primer impulso es retirar la mano

cuanto antes. En fin, una conversación amena para quien le interesaran los perros.

(...)

Su hijo, mi amigo, me contó que su padre había comenzado a dar síntomas de Alzheimer, a lo que yo le respondí que había tenido con él una conversación muy viva y fluida. Ya, me dijo, *¿sabes que me contestó cuando le pregunté qué tal lo había pasado contigo?*

– Estuvo aquí un muchacho muy simpático que me acompañó a dar una vuelta, pero ¿quién era?

Luego me dijo que iba perdiendo el habla paulatinamente hasta casi emitir sólo gruñidos, como sus viejos perros, sólo era capaz de morder sin ladrar. Cuando dormía con su mujer a veces le ponía la mano en su propio sexo para que le masturbara. A mí esto me hacía cierta gracia, pensaba que los últimos momentos se surtían de esos restos de excitación, y discutía con mi amigo argumentando que eso no era para indignarse. Él me respondía muy ofendido que su madre no estaba para hacerle pajas a su padre, y menos con su artrosis de muñeca.

Capítulo 30

Ya se van los pastores...

Los pastores se crían entre animales y en sus comidas aprovechan lo inmediato, así aguantan la trashumancia. No hay cubierto, ni modales, ni pinzas de oro que den cuenta del linaje si se alardea de modos en la mesa. No hay geometría del orden. Conviven muy alejados de la jerarquía, próximos al desprecio por el aspecto, el olor y la ropa de temporada, sin posibilidad de muda.

Para Petra B. Cid la niñez se desarrolló entre el monte bajo, calores y fríos extremos y los cantos de los pájaros en los cortos equinoccios.

A sus 10 años había escuchado demasiadas veces el balar ovino, sentido el sudor del largo camino; había seguido los interminables vallados de mampostería rural –al modo mudéjar, plano, sólido, pobre, y sin horno– contado los guijarros y observado pacientemente el roer del musgo intersticial de las piedras. En los años de posguerra siguió el ruido de la venganza, que ella no llegaba a entender; el rodeo del pueblo para

matar aleatoriamente veinticuatro almas que jamás volvió a ver, y que el miedo, demasiado prolongado, tenía condenado al olvido. El mismo miedo le había hecho huir de la disciplina escolar y de la cadencia bucólica, le llevó a desear otro modo de vida que no fuera comer el poco pan y el mucho queso del pastoreo. El desapego de la pobreza iba acompañado de humildad y obsecuencia, y del olvido de la bruta vida, del salto, el paso largo, el silbido, y de las pocas cosas que le habían transmitido en la escuela sobre geografía, demasiado nacional y poco útil para la vida repetida.

Había que inventarse los modos de vivir o escapar al abuso y el horror; allí aparecía el orden desconocido del alimento en la mesa. El tenedor a la izquierda, la cuchara y el cuchillo a la derecha, cubierto de carne, cubierto de pescado, plato llano, plato hondo, servilleta doblada, vaso de vino a la izquierda, vaso de agua a la derecha, servir por la izquierda, y estar pendiente del plato vacío, sin olvidar el fogón y el aliño.

Sólo le acompañaban en el servicio interno las jotas de Guadalupe y los cantos que escuchaba en la radio.

Muy lejos, en Mississippi, se desarrolla el film *“Help”*, traducido al español como *“Criadas y señoras”* de Tate Taylor. El ama se come el pastel que la esclava ha preparado con su excremento... exquisito. La industria cosmética nos demuestra que potencia los olores, y también los sabores. El hombre conoce primero el odio y lo repite cada vez que el poder relaja su vigilia.

Luego lo transforma, tal vez en ríos de amor.
Un pastor nunca lo olvida...

Negro como un ascensor sin luz

“...en la unión entre lo simbólico y lo imaginario, esa ruptura, esa arista que se llama el amor...”^{IX}

Petra B. Cid, llevaba un bolso de tela hecho de retales por ella misma; en el interior, apenas unos euros para comprar algún caramelo sin azúcar, con el sabor a café con leche que más le gustaban, pero que en su precaria niñez nunca pudo llevarse a la boca.

Sintió un tirón a su espalda que le arrebató el bolso, pero apenas miró hacia atrás, supuso que era alguna broma de alguien que la conocía. De repente vio una sombra correr, o más bien, a alguien del color de la sombra. No le importó, aunque bien se le quedó grabado un trozo de esa imagen oscura y fugaz.

Al llegar a su casa le relató el episodio a su marido y éste le quitó importancia al hecho aludiendo a su tacañería. *“El que te arrebató el bolso se va a llevar un disgusto”*, mucho riesgo para tan poca cosa.

Había sido un año aciago, su marido, jubilado, se había visto obligado a cambiar de costumbres por prescripción facultativa. Primero dejó de alternar con vino, redujo su dosis a un vaso en las comidas. Con una disciplina férrea ese vaso de vino presidía el cambio de platos, y solamente al final llenaba su boca con el dulzor y la acidez de la vid exprimida. Después, dejó de beber del todo. Pero, aún así, no fue suficiente, demasiado tarde para la eternidad. Su hígado se inflamó, y ya no era el mismo. Le gustaba recoger yerbajos del campo libre con una disciplina que lo dejaba fatigado el resto del día, y su abdomen se inflamaba con periodicidad, teniendo que acudir al alivio médico. La inflamación derivó en un linfoma que le tuvo postrado hasta el final. Y su dolor, sin paliativos, hasta casi los estertores.

Silente ella, se ocupó de los cuidados, comidas, limpieza, y en algún momento de las diarreas espontáneas, alternadas con procesos tóxicos de estreñimiento, que le hacían delirar con el ascenso de sustancias butíricas al cerebro.

El linfoma oculto le fue dejando cada vez más inmóvil. A pesar de eso, a ratos permanecía tranquilo y ella podía bajar al “*chātís*” (tai-chi) y a la danza árabe, que le permitía cultivar su seducción en los años de decadencia, sin pensar que la muerte asomaba demasiado pronto ante la adolescencia tardía.

Un puterío –decía él– entre orgullo y distancia, sosteniendo la manía con una mirada ajena a lo que dejaba.

Lloró cuando él murió, lloró de golpe con alaridos aludiendo a lo corto que había sido su amor, apenas 50 años juntos, demasiado poco tiempo. Pero quedaban grabadas las primeras copulaciones con los racimos de uva entre sus vientres, cubiertos de néctar y cansancio.

La vida es oscura y va borrando la sensualidad de la piel.

Todo fue haciendo click, los sueños, lo oscuro, los espectros, su hombre en el umbral de la habitación, los desvelamientos y las conversaciones con la ausencia, cada vez más permanente. El ascensor sin luz.

La angustia le hizo apretar el botón de la ayuda, acudieron su hijo y la doctora a calmarla a altas horas de la madrugada con el susto en su rostro y el temblor de quien ha visto un fantasma. A partir de ahí nada estaba preparado para continuar la vida solitaria.

Desconexión, desconexión y violencia volviéndose hacia dentro...



Capítulo 32

Prima, geriatros, domus **La vida sobrante**

“...la función del superyó, en último término, es odio de Dios, reproche a Dios por haber hecho tan mal las cosas”.^x

Uno se empeña en sostener esos símbolos que le han mantenido como columnas menguantes, pero a medida que avanza el tiempo todo vuelve a un principio oscuro. En el principio no fue el verbo, sino la mudez. Al principio fue el odio.

Todo comenzó con un itinerario apócrifo, como una *road movie* demasiado lenta. Los últimos días de Petra en su casa no se dejaba duchar, había aborrecido el agua esperando que su piel se consumiera, y los órganos le dejaran de funcionar, permanecía en la cama sin apenas comer nada.

No obstante, cuando le invadía la culpa se inquietaba y se volvía más activa, preguntándose, en su delirio, qué había hecho con sus hijos, sin calcular su edad reciente, desde su vientre seguían siendo chiquitos. De repente se recuperaba y hacía una maleta a toda prisa y se iba a la puerta de la calle a ver si pa-

saba algún coche de policía que la pudiera detener y confesar sus culpas. Los altares nunca le habían servido lo suficiente y Dios no era capaz de imponerle penitencias concluyentes que la calmaran. Su divinidad principal era el hombre que le había llevado los alimentos para la olla y, una vez desaparecido, asomaba como una sombra por las noches intermitentemente en el umbral de su habitación. Cuando él murió su mirada buscaba con avidez alguien que sustituyera esa compañía, una cosa nueva, sin que se pareciera demasiado a la anterior.

No hubo por él ningún supuesto funeral cristiano, ella respondía esquivando sibilamente a algunas personas que le preguntaban por una misa de recuerdo. A las del barrio les decía que la iba a hacer en el pueblo, y a las del pueblo que la haría en el barrio.

Todo se volvió difícil y en cada efeméride aparecía una fase de la soledad cada vez más loca. La locura se iba postulando como solución al corsé de ocuparse de asuntos de los que jamás se había ocupado, asuntos que pertenecían a su hombre y que éste jamás le confió plenamente.

Antes de comenzar su internamiento tenía que estar acompañada todo el tiempo, sus hijos le buscaron una mujer que pasara con ella mientras iba saludando por el barrio a las caras conocidas. La chica que la cuidaba había huido de El Salvador, dejando atrás un hijo que atendía la abuela. No había legalizado su situación en España, pero se prestaba a dormir con ella durante la semana.

El avance de la locura le hacía decir a ratos que quería quitarse de en medio, que en el momento más inesperado se arrojaría por una ventana. La cuidadora fue cogiendo miedo, empezó

a pensar en la deportación con un suicidio a las espaldas. Los hijos pusieron topes en todas las ventanas para que no las abriera, un cerrojo en la cocina para que no tuviera acceso al gas, y su casa se le fue reduciendo: de la habitación al comedor, y del comedor al baño. Logró agitar las ventanas, y en momentos de furia máxima arrancarlas con una sola mano, la cosa fue a más, descolgaba las ventanas más grandes en las que sí le cabía el cuerpo, ventanas que pesaban alrededor de 50 kilos. Los diagnósticos eran contundentes y volubles, cuerpos de Levy y demencia fronto-parietal, incidían demasiado en el comportamiento y en el campo cognitivo conductual, pero esos informes geronto-psiquiátricos sirvieron para que en el momento más álgido de la locura apareciera una oferta subvencionada, una plaza en una residencia.

Antes de ingresar en la residencia, conducida por cuatro de sus hijos, aún pudo comentar: *“a esto lo llamo yo cría cuer(v)nos”*, como solía confundir Petra.

La residencia era un edificio que comulgaba con la arquitectura popular, con amplios espacios y un pequeño jardín en el que habían penetrado los olivos de la zona, variedad manzanilla y cornicabra. La decoración se surtía, por épocas, de los trabajos que desarrollaban los internos bajo la dirección de las terapias ocupacionales, el personal era amable y el régimen abierto, es decir, aunque estaba en una planta psiquiátrica, cuando su estado mejoraba la trasladaban a otra planta, siempre en compañía de otras internas, normalmente beatas, que la hacían rezar por las noches, y al igual que repetía las oraciones que le enseñaban combinaba el padre nuestro con el insulto. No había manera, el dios pan se imponía sobre el punitivo.

A los hijos les habían hecho firmar un protocolo de sujeciones para los momentos de mayor agitación, dichas sujeciones sobre todo estaban destinadas a limitar los movimientos en los episodios de agresividad recurrentes, se resistía a ingerir la comida y, sobre todo, a las cuidadoras que se le arrimaban, unas veces las tiraba de los pelos y otras veces las agarraba del brazo o del cuello, produciéndoles en algunos casos lesiones importantes. Todas ponían sumo cuidado en no acercársele demasiado.

Su odio era intenso.

¿Por qué nadie entiende la sexualidad de los mayores?

Durante la época final de su vida en pareja, se pasaba las tardes jugando a la brisca con su marido, entre ellos se hacían trampas, siempre apostaban un euro o dos, y el final de la partida era el poder sobre el otro, la ganancia se había convertido en la manera de joderle.

– te he jodido.

– y yo a ti cabrón.

(En la jugada postrera)

Cuando su marido desapareció dejó de jugar a la brisca, nunca más quiso ganar. Había introducido en ella ese miedo a dominar al otro, simplemente por el vacío que se le habría producido. ¿Cuál es la siguiente compañía? Los hombres se le habían convertido en figuras enormes y, seguramente con la desaparición de su marido había sentido que ya nadie la podía poseer como había sido poseída, había olvidado con él el horror de la guerra, conseguido vivir en una casa alejada de la memoria de su pueblo y del dominio señorial, incluso la había convertido

en una verdadera ama de casa, con la consiguiente inutilidad para las cosas exteriores, esto le permitió conservar una intuición especial para romper cualquier orden.

Sólo le quedaban las mujeres, esas que se acercaban a ella intentando cuidarla y que le recordaban demasiado al amor por sí misma y esto le resultaba ya insoportable.

Cambió de residencia a otra más próxima al domicilio de sus hijos, para que a estos no les supusiera tanto esfuerzo ir a verla. También la política sanitaria cambió, no eran partidarios de las sujeciones, pero sí de la contención farmacológica, los psicofármacos se intensificaron, muchas veces para suplir la ausencia de personal. Sin embargo, cada vez que le aplicaban antidepresivos, la depresión sufría un efecto rebote, sus pasos se manifestaron más cansinos, y los mareos eran frecuentes. Los ataques de agresividad aumentaron a medida que iba disminuyendo su capacidad verbal. Pero, aun así, los diagnósticos eran tercos, no fija la atención en la pantalla de televisión (jamás le interesó) y no muestra interés en los juegos colectivos y manuales. Lo único que le ayudaba a hilar conversaciones eran las labores de punto (los nudos del lenguaje) que había dejado, conforme aparecía el temblor químico y patológico de manos. Eso sí, siguió agrediendo a las cuidadoras y a alguna interna, como si el dominio perdido en la mesa de juego hubiera mudado en silvestre.

Había sustituido la trampa y la astucia por la aniquilación: “no saben nada, se merecen la muerte”.

¿De dónde le venía ese odio?

Como una especie de oración, de letanía, (creyendo en alguien

que le ayudara a salir de esa situación), repetía que quería hablar con su suegra, con Agustina Torrero, la misma que había cuidado al final de su vida, y que le había hecho reír con su manera de odiar, aprendida entre visillos, celosías y visitas a un altar reaccionario.

Cuando Agustina llegaba al barrio, en los periodos que le tocaba quedarse con su hijo, realizaba sus paseos con la Petota, una mujer retrasada y descuidada, que tenía vello en el rostro. La Petota se le acercaba y le decía: *Agustina, deme usted un beso*. Agustina la paraba en seco diciendo: *SShh, un momento, a la mujer bigotuda desde lejos se la saluda*.

(...)

Porque sueño yo no odio

Se volvió loca. Las aristas que habían conformado el poliedro de su vida se juntaron en un solo plano, imposible de darle forma. Los sueños se mezclaron con los fantasmas que le exigían cumplir con lo que le habían dejado. A Petra B., el hombre oscuro la disfrutaba en el umbral, y de repente todas las edades se volvieron la misma. Sus hermanos aun muertos estaban, sus padres ausentes la descuidaban, sus hijos de vez en cuando aparecían, sus nietos la abrazaban por las albóndigas pretéritas. Los muertos retornaron serios y todo se volvió silencio para la lógica común...



Epílogo

Si alguien tiene a bien leer este epílogo le diré que sale de un libro que no muestra fácilmente lo que enseña...

Ante todo, es un libro generacional, y no lo parece. Transita el dolor, la tristeza, la rabia de la generación traicionada por el Pacto de la Infamia, aquél que firmaron los partidos constitucionalistas, que legalizó el olvido de lo que sucede, no sólo en la Guerra Civil, sino en los cuarenta años siguientes, que convirtieron a las mayorías populares, en mayorías silenciosas. El intento de cerrar la posibilidad de acceder a lo real de aquello que sucedió en España. Esta generación a la que pertenecen Gómez e Igualador es efecto de ese pacto.

El odio, la vergüenza, el fascismo banal, la meticulosidad de la ocultación, el dar a ver sin mostrar, la mutilación de todo saber que no acordase con el régimen están presentes como efecto de ese pacto. Saber dónde están los que fueron fusilados pero no poder abrir sus tumbas, saber quiénes fueron los fusiladores, pero que no haya juicio para ellos y sobre todo, lo que queda oculto es que la guerra duró cuarenta años, y no tocar lo que había sellado el dictador con su entorno, de

una transición mentirosa hacia la nada de una España definitivamente devastada que venía ya, de una larga historia de vergüenza, que definitivamente tiene fecha de comienzo, arbitraria, en el bonapartista Fernando VII.

La República, que duró muy poco, fue el intento más serio de restablecer principios éticos, fundamentos justos, para un pueblo que había olvidado la palabra justicia.

Si hay algo que produjo el franquismo, el fascismo español, es el silencio. No solo estuvo prohibido el movimiento de los cuerpos, que se realizó como se pudo, por el ingenio y la voluntad de muchos; se rompió el silencio por los mismos motivos, armando fisuras dentro del hermetismo, para que la voz apareciese... pero la delación marcó las vidas, el temor al semejante, al vecino apropiador de bienes ajenos...

Es absolutamente contemporáneo, al menos para aquellos que aún utilizan e integran a su escrito la letra Sujeto, el modo en que este libro lo trata. No es habitual encontrar claridad respecto a esto. Porque habitualmente se trata el sujeto como doble del yo, unificado, aún en aquellos que, al explicarlo, lo muestran en su definición como transindividual y dividido...

Aquí lo veremos en su verdad: fragmentado, múltiple, en cada capítulo, ítem o sección, en cada pocas hojas, el mismo y distinto, el único y parte de un todo, aquél que siendo todo es excepción, justamente porque ya el todo es excepción. Imposible hacer un sujeto completo como sueña la razón y el yo, imposible que la subjetividad de la época sea otra cosa que lo que nos marca y da un trozo de ser y donde nuestro margen de libertad es prácticamente nulo, y se nutre del heroísmo de querer comprender. Pero este sujeto no está solo... le acompaña el odio. Lo que Emilio Gómez narra e Igualador ilustra es un sujeto que no está

solo. La llama, el hielo, el desinterés, el olvido, la relegación, el silencio deliberado y voluntario, que cae sobre un otro, la mutilación de los cuerpos, la muerte de miles, la muerte de uno, la cicatriz en el rostro de esa mujer, el niño violado por el que abrocha su sotana, son ejemplos de la violencia. Pero su símbolo, lo simbólico de esa violencia cuando se hace voluntad deliberada del daño, goce del dolor de otro ser, se llama odio.

Estas páginas tienen la valentía, la inocencia, la premura y la lentitud de mostrar qué ese odio está vigente en múltiples lugares, y en el medio, las pequeñas anécdotas del odio personal, de la vida como derrumbe. Dios ha hecho las cosas mal y hay un odio a Dios por eso. Entonces, la tristeza de las vidas también está presente en este texto. Porque el odio no sólo parte del cuerpo social, sino también se hace en el cuerpo individual. El odio que cada cual tiene por sí, por haber nacido, por no comprender el sentido de las cosas, no reaccionar frente a lo que el mundo plantea. Y entonces queda el hierro de la decisión: odio o muerte

Pero esto hay que probarlo dentro de las páginas, ver en cada relato aislado lo mismo y lo diferente.

En algunas páginas se trata al odio como aquél necesario para el sujeto, lo inerte con lo que nace el ser que habla. Quizá no es ocioso recordar qué hombre y mujer, nacen en condiciones de absoluta indefensión... y ésta dura mucho tiempo comparada con la necesidad de sobrevivir por los medios propios. Este odio es el que se considera justo, ya que hace lo necesario para sobrevivir, es aquél que lleva a extraer del cuerpo y de una voluntad despótica los medios para destruir al otro, al que se considera amenaza. Este odio es el que legaliza el ejercicio de la violencia, ya que subyace a toda acción humana como se ejerce, como se maneja, la violencia.

En este texto hay un ojo solo: es el de la furia, el de lo irredento, para el cual no habrá salida, el que no es perdonado ni perdona. Odio puro, y justo de aquél que, arrojado al vacío, se alzó sobre sus pies, y caminando en el aire, decidió que la humanidad no merecía la existencia y que estaría en la tierra para hacer miserable toda vida. La pregunta es, entonces, si puede haber justicia en el odio, si el ojo por ojo y diente por diente, es un modo en que la humanidad ajustó sus cuentas de vida y muerte... es la caída.

Una vida que se desmorona, lento devenir hacia nada, la ausencia del reconocimiento, un recuento de los errores que se cometieron en nombre de la verdad y los pedidos de la compasión que no se ofrecieron de parte de aquél que ahora, desesperado, lo solicita. No importa el otro. Toda la atención al prójimo no es más que un intercambio feroz, desprovisto, de amor. Pero esto no ocurre de un día para otro, es lenta caída, es masturbación que se detiene y vuelve a comenzar, es un pene flácido en la mano artrítica y el odio del hijo frente a la decadencia y caída del padre y es el odio del padre por la indefensión y la mirada de piedad y condescendencia de quienes no llegaban ni a sus tobillos. Así lo muestran estos dibujos de Igualador, que ponen marco a un texto, aparente relato, aparente retrato, pero odio que transcurre inadvertido, de aquél que quiso ser todo, y se descubrió casi nada –es importante ese casi– y que en ese momento descubrió que alguien o algo interrumpió su camino, aunque sospecha que fue quizás él mismo el que causó lo que sucede... y como un viento oscuro la voz del hijo que reniega del padre, de aquel padre que, casi sin memoria, elogia la voracidad y la violencia de los animales... pero él los sabe tratar... quien sabe odiar sabe tratar a la bestia.

Dios odia su obra, Dios odia aquello que creó para poder odiar... es su voluntad que, en sus días de ocio eterno, decidió que crearía a alguien, que creyó ser imprevisible, y con voluntad propia.

Por lo contrario, este hombre es efecto que prueba la existencia del dios amor. Por ello es creado el hombre: para odiar. Odiarse, odiar a otros, y finalmente, odiar a su creador. Dios, heredero de los mitos griegos, herederos a su vez de los mitos egipcios, hace este hombre, como señala Lutero, que “*cae por el ano de Dios*”: este pecado original es haber nacido.

Ese hombre de voluntad, ese hombre libre, no es más que el muñeco para ejercitar el odio de Dios, aquél que le permite perdonar como don supremo de la piedad y sinónimo del amor.

El amor de Dios no tiene comparación con lo que se llama amor en el humano. Este amor humano nace de la indefensión y la necesidad, e imita cuando es generoso, el verdadero y único amor que es el de Dios. El amor del humano es un don imposible de alcanzar, pues lo que le está permitido es el odio.

Pero una vez más lo que desarrolla el texto, exhaustivamente, es el sujeto que niega toda unidad, toda identidad al ser que habla, excepto cuando se anuda a la pasión que lo determina, a la maldición que lo domina, a la virtud que lo exceptúa, al vicio que lo hace goce... o el sujeto que se anuda al dios múltiple, que triunfa con el cristianismo y hace entrar, por un lugar impensado, los antiguos dioses. Esta es la verdad del cristianismo... tras el mensaje del amor, lleva implícito el sacrificio que exigían los antiguos dioses, la carne humana en el altar del dios de turno. El dios de Moisés, que ya era un dios capaz de asesinar hijos primogénitos a mansalva en nombre de la libertad, encuentra en el becerro de oro la apostasía, y entonces

beben los infieles el oro derretido en agua y así se alimentan y pervive para siempre el politeísmo, y el culto a las imágenes.

Elige el dios que quieras y aliméntate de su piedad. Él te promete la guerra, la muerte, el sufrimiento en la tierra, y luego un lugar ideal, como Estados Unidos para un centroamericano o Europa para un africano.

Imágenes, eso tenemos, y este libro viene a jugar con ellas de un modo paradójico: el que dibuja muestra lo indecible, lo que lleva a descifrar, líneas que juegan con el espacio, meditaciones en claro sobre el fondo de líneas apresuradas y el escritor presenta las imágenes contundentes, como dibujos manieristas, aquellos que intentan representar la Idea, la unión de la intuición y el concepto, representación que culmina en el diseño las muertes del arte y su resurrección. El ojo oscuro, mortífero, pleno de odio, que podemos ver exactamente en las películas de terror, es el ejemplo del odio justo, del precio que pagarán los inocentes, por ser tan culpables como los malvados. Y es el que dibuja Emilio Gómez. No lo dibuja Igualador, no está para eso... allí está lo indecible, indescifrable que entra entre hueso y piel, para escamotear el sentido, para habitar lo plural, para que sepas que tu boca esta cosida con el hilo invisible del origen espurio y que sólo te queda transitar sus líneas que, chocándose, boca abajo, caminan sobre tus labios.

El texto, al que las ilustraciones prestan la angustia de lo indescifrable (habitualmente cuando algo no es comprensible, se ve como un obstáculo, se deja de lado, para más adelante, para nunca) el texto tramita el fuego y el hedor de los incendios, pero la angustia queda a cargo del dibujo. Insistencia de la paradoja, pues el texto dibuja y el dibujo se hace texto indescifrable, que pone en juego la angustia, y es el camino a seguir para la verdad. Sin angustia no hay verdad que valga, sin la mujer oscura, la bruja quemada,

no existiría el odio a la diferencia, pues ese goce jamás lo tendré, y al herir a la presa, me libero de lo que desconozco. Supongo irresistible, atractivo, esto que desconozco y sólo eliminando la fuente de ese goce del cual estoy privado, puedo sentir esa sensación llamada vida.

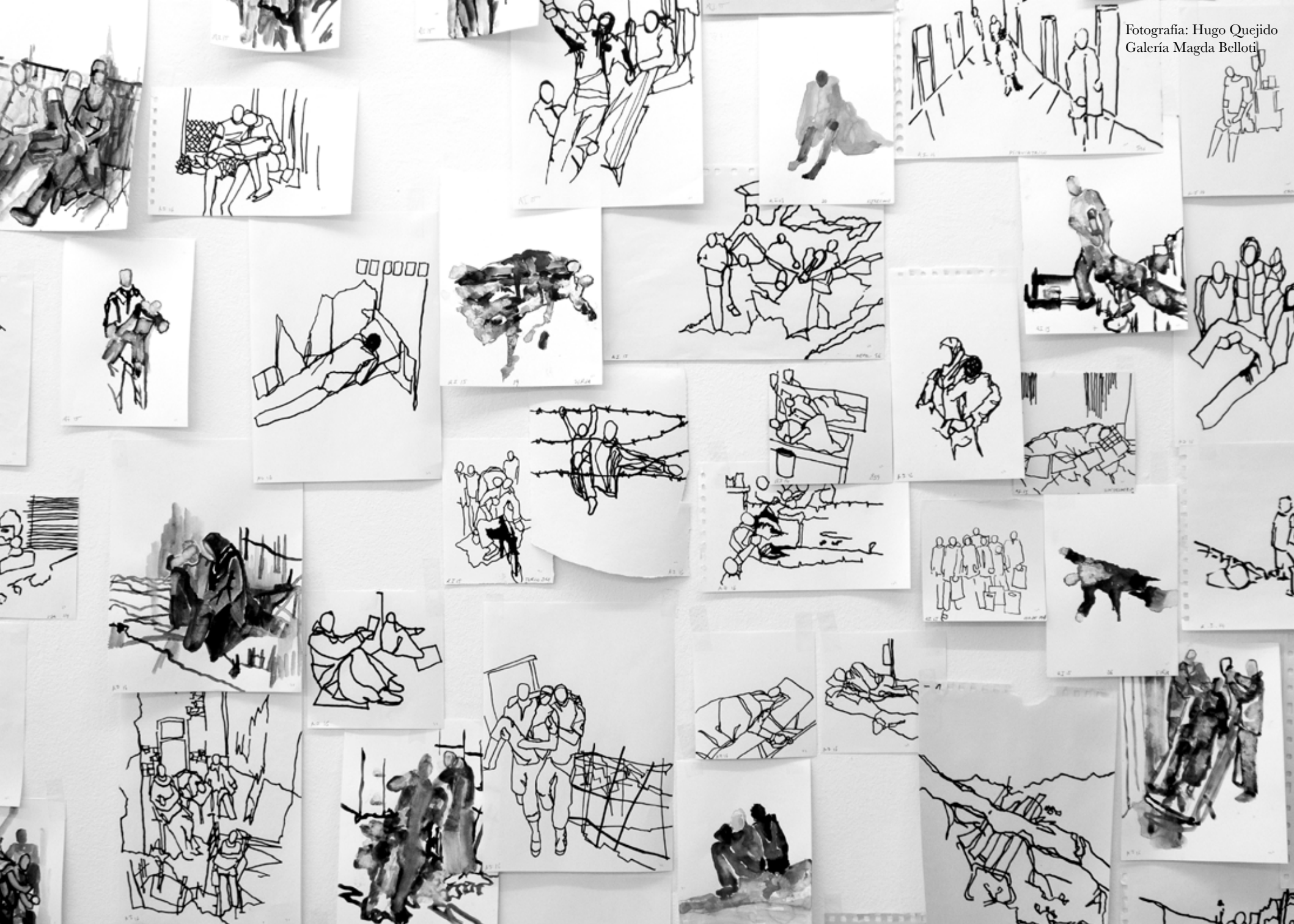
No es casual que el autor ponga a pie de página una referencia a un libro de amor. Pero acaso hay algún esbozo de amor en el delirio de la Inquisición, ¿hay algún esbozo de amor en el temblor que produce el vecino gigantesco y desconocido de la vivienda contigua?

Ajedrez y grullas se entremezclan en un texto, susurro que evoca alaridos, mirada que recorre heridas...

Emilio Gómez recorre las épocas y las anécdotas singulares y privadas del odio, su intensidad y locura, pero desembocan en el tiempo en el que vivimos: el del gran capital, aquél que, definitivamente, ha eliminado cualquier cosa que se llame persona, o individuo o proletario o productor, para dejar un lugar único, el consumidor.

Este, el nuevo sujeto de la historia, encuentra en lo que el capital le plantea una forma de ser: eres lo que consumes, ese es tu único amor.

José León Slimobich Pogarelsky



Notas al texto

I— “La hoguera de Montsegur” Zoé Oldenbourg

II— Fusilamientos Extremadura:

Juan Barroso Gil	40 años	La Calera
Paulino Belvís Yelmo	39 años	La Calera
Vicenta Fernández Gonzalo	9 años	Alía
Francisco Fernández Masa	50 años	Alía
Félix Fernández Ribero	33 años	Alía
Anastasio Fernández Rodríguez	41 años	Alía
Filomeno Gamino Fernández	49 años	Alía
Manuel Gamino Fernández	30 años	Alía
Basilio Gamino Morales	59 años	Alía
Ciriaco Gonzalo Campos	50 años	Alía
Félix Gonzalo Fernández	37 años	Alía
Higinio Gonzalo Fernández	17 años	La Calera
Vicente Gonzalo Huertas	35 años	La Calera
Julián Gonzalo Ribero	18 años	Alía
León Gonzalo Ribero	59 años	Alía
Pedro Jiménez Rubio	34 años	La Calera
Casimiro Jiménez Salas	54 años	La Calera
Justo López Gonzalo	18 años	Alía
Fernando López Lucas	36 años	La Calera
Leoncio Masa Rodríguez	49 años	Alía
Miguel Moyano Bravo	35 años	La Calera
Catalino Moreno Poderoso	53 años	Alía
Luis Poderoso Pereira	33 años	La Calera
Silverio Yelmo Moyano	52 años	La Calera

III— Jacques Lacan: “Las psicosis”

IV— Basado en la película “Léolo” de Jean– Claude Lauzon

V— “Judíos sin dinero” Michael Gold. Ed. Dirección única

VI y VII— “La transferencia” Jacques Lacan

VIII— “El crash de 1929” John Kenneth Galbraith:

los cinco puntos débiles de la economía en 1929 que, a juicio de economistas, provocaron la depresión:

- Mala distribución de la renta: excesivo porcentaje (un tercio) de la renta nacional en manos del 5 por ciento de la población más pudiente del país.
- Inadecuada estructura de las sociedades anónimas: holdings y trusts, en lugar de servir como factores de estabilidad, producían incentivos perversos que favorecían la especulación frente a la inversión en plantas productivas.

(...) La empresa norteamericana de los años veinte había abierto sus hospitales brazos a un número excepcionalmente alto de promotores, arribistas, sinvergüenzas, impostores y todas sus supercherías. Pocas veces, en la larga historia de estas actividades, se las ha visto operar como una marea de latrocinios corporativos de tan vastas proporciones.

- Pésima estructura bancaria: el sistema favorecía el surgimiento de efectos dominó que provocaban quiebras en cadena de las entidades.
- Mala situación de la balanza de pagos: superávit exterior que se traduce en una posición acreedora frente al extranjero. A medida que el saldo positivo crece, los países deudores encuentran más y más dificultades para hacer frente a los vencimientos, lo que se traduce en impagos.
- Escasos conocimientos de economía por parte de inversores, consejeros y autoridades.

(...) Los economistas y todos aquéllos que ofrecían consejo económico durante los últimos años veinte y primeros treinta eran fundamentalmente malos economistas y perversos consejeros. En los meses y años siguientes al crash del mercado de valores, los honorables consejos económicos de los profesionales cargaron su orientación hacia el tipo de medidas más apropiadas para empeorar las cosas.

En opinión del autor, en los años 50 (fecha de publicación de su estudio) estos puntos débiles habían sido en buena medida neutralizados, a través de unos mayores poderes de la Reserva Federal y la SEC, una distribución de la renta más equitativa en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, una balanza de pagos más equilibrada y una mejor estructura de las empresas y el sistema bancario.

“El crash de 1929” John Kenneth Galbraith

IX— Seminario 1 “Los escritos técnicos de Freud”, Jacques Lacan

X— La ética del psicoanálisis. Jacques Lacan



Este libro se terminó de imprimir en octubre, el mismo día que en el Juicio de Núremberg se sentencia a los líderes del nazismo en 1946. Doce son condenados a muerte y tres a cadena perpetua.





